



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año I.

Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º

Madrid 24 setiembre de 1857.

Precios: En España 24 rs. trimestre.—Estranjero 130.— Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado.

Núm. 11.

DIRECTOR PROPIETARIO, DON EDUARDO ASQUERINO.	Sres. Ayala (Adelardo Lopez de). Aribau (Buenaventura). Barca (Francisco). Balaguer (Victor). Baralt (Rafael). Borrego (Andrés). Breton de los Herreros (M.). Calvo Asensio (Pedro). C. Calvo y Martin (Pedro). Campoamor (Ramon). Canalejas (Francisco de P.). Cánovas del Castillo (A.).	Sres. Castelar (Emilio). Cazurro (M.º Zacarias). Cervino (Joaquin José). Colmeiro (Manuel). Collado (Casimiro), Méj.º Sra. Coronado (Carolina). Sres. Cortina (Sr. conde de la). Dacarrete (Angel). Diaz (José María). Duran (Agustin). Echevarria (Ramon). Eguilaz (Luis).	Sres. Escosura (Patricio de la). Estrada (Luis de). Fernandez Cuesta (Nem.º) Fernandez y Gonzalez (M.). Ferrer de Couto (J.). Ferrer del Rio (Antonio). Figueroa (Laureano). Flores (Antonio). García Gutierrez (A.º) Gimenez-Serrano (José). Gimenez-Romera (Waldo). Gomez Marin (Manuel).	Sres. Gonzalez Bravo (Luis). Güel y Renté (José). Guerrero (Teodoro). Gutierrez de Alba (José). Hartzenbusch (J. Eugenio). Hisern (Joaquin). Lafuente (Modesto). Larrañaga (G. Romero). Lasala (Manuel). Lobo (Miguel). Lorenzana (José). Macanaz (J. Maldonado).	Sres. Mañé y Flaquer (J.), Bar.º Martos (Cristino). Mata (Guillermo), Chile. Merino Ballest. (F.). Lima. Muñoz del Monte (Fran.º) Orgaz (Francisco). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacios (Manuel). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi y Margall (Francisco). Ribot y Fontseré (Ant.º) Rivero (Nicolás María).	Sres. Romero Ortiz (Antonio). Rossell (Cayetano). Rosa Gonzalez (J. de la). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagarminaga (Fidel de). Sanz (Eulogio Florentino). Sanz Perez (José), Cádiz. Segovia (Antonio María). Ulloa (Augusto). Vega (Ventura de la). Velaz de Medrano (Ed.º). Viedma (Juan Antonio).
--	---	--	--	--	---	--

SUMARIO.

La Europa y la América (conclusion), de D. Francisco Muñoz del Monte.—*La India inglesa* (Art. IV), de D. Augusto Ulloa.—*Sueltos*.—*De la decadencia del arte*, de D. Francisco Pi y Margall.—*Manual del Especulador en la Bolsa* (Art. II), de D. Patricio de la Escosura.—*Estudios histórico-políticos sobre el antiguo reino de Aragón* (Art. IV), de don Manuel Lasala.—*La desamortización en España* (Art. VII), de D. Antonio Ferrer del Rio.—*Manifiesto del general Alvarez*, de D. Cristino Martos.—*Correspondencias de Buenos-Aires, Méjico y Lima*.—*Historia de un hombre contada por su esqueleto* (continuación), de D. M. Fernandez y Gonzalez.—*La señora Ristori, actriz trágica italiana*, de D. Antonio Maria Segovia.—*Revista extranjera*, de D. Patricio de la Escosura.—*Revista mercantil y económica de ambos mundos*, de D. Waldo Gimenez Romera.—*Revista comercial*.—*Crisis de la Habana*.—*Revista de la quin-cena*, de D. Nemesio Fernandez Cuesta.—*Últimas noticias*.

LA AMÉRICA.

LA EUROPA Y LA AMERICA.

Conclusion (1).

VI.

Hemos estudiado en los artículos precedentes el pasado y el presente de la América. Aventuremos ahora algunas reflexiones sobre su porvenir.

El pasado fue la dominación exclusiva, la explotación ilimitada, la autonomía absoluta de la Europa sobre el Nuevo Mundo.

El presente es la emancipación de este, las aspiraciones a su organización definitiva, la lucha mas ó menos abierta de las dos razas dominadoras de origen caucásico substituidas á la población aborigena por efecto de la conquista y la colonización.

¿Cuál será su porvenir según las probabilidades mas naturalmente derivadas de la situación actual del mundo y del genio de la civilización moderna?

El porvenir se engendra siempre del presente, como este es siempre producto del pasado. En ambos casos la filiación es providencial é indeclinable.

La América, que ha debido á la Europa su descubrimiento, su conquista y su colonización; la América, que ha visto y ve desaparecer cotidianamente las razas indígenas y primitivas que poblaban su inmenso territorio; la América dominada, educada, dirigida, gobernada, administrada, explotada en el espacio de tres siglos por la política y la ciencia, la religión y el arte, el derecho y las costumbres de las naciones europeas; la América, hija de la Europa, su emanación directa, su prolongación necesaria, su pupila en la esfera de la inteligencia, su reflejo en la organización de la sociedad, su segunda edición en el estadio de la política; la América, decimos, no puede declinar en ningun caso la comunidad de sus destinos con los de su primogénita en el orden de la civilización.

En vano la emancipación rompió los lazos puramente políticos, que en otros tiempos la una á la otra encadena-

ban: en vano el súbito nacimiento de nuevas naciones pareció aislar á la América del movimiento europeo y separarla del doble influjo de su acción y de su vida, como lo está por el doble desierto del Atlántico y del Pacífico. No por haberse roto en el sentido de la dependencia política, quedaron menos subsistentes los antiguos vínculos en el sentido de las relaciones internacionales y de la solidaridad social.

Decimos mas. La reciprocidad de los destinos de Europa y América fue mayor, mas íntima, mas universal, mas imprescindible despues que antes de la emancipación.

Sujeta con el freno de la obediencia, la América representaba un papel pasivo en el gran drama de la política del mundo: sentía, sin modificarlos ni influir en ellos, los latidos del progreso europeo: era la sierva, no la compañera de la cultura Europa. Libre, empero, y dueña de sí misma, duplica la acción de su hermana primogénita y añade á la fuerza de esta su propia fuerza, comunicando el brioso empuje de su reciente vitalidad á la larga experiencia de su antecesora en el palenque del progreso humano.

Nada ha perdido pues, antes bien ha ganado, el antiguo y reciproco influjo de la una sobre la otra. Solo que antes la América se arrastraba trabajosa é indeliberadamente al remolque de la Europa; y que hoy, unidas las diestras, marchan ambas de frente y con paso igual á las nobles y perdurables conquistas de la civilización.

Este punto de vista es capital. Situados en su altura, nos es dado contemplar con ojo sereno los distintos y multiplicados elementos que constituyen la sociedad europea y la americana bajo los varios aspectos de su población, su historia, sus instintos, sus intereses, sus necesidades y sus actuales tendencias.

La Europa (ya lo hemos inculcado prolijamente en los precedentes artículos) tiene dividida su población en tres razas principales, en que se refunden las otras intermedias ó secundarias; la raza latina, la anglo-germana y la greco-eslava.

Mientras esta última ha vivido en la barbarie; y, estraña al movimiento civilizador de la Europa, ha permanecido encerrada en sus melancólicas soledades, ó muda bajo el alfange de la Tartaria asiática, ó trémula ante el brillo de la cimitarra turca, las dos primeras se han disputado sin tregua el cetro de la política, la superioridad de las armas y el monopolio de la dominación.

Esta situación ha durado hasta el siglo pasado, en que la Rusia, cabeza de la raza eslava y esperanza de la degenerada estirpe griega, apareció como potencia de primer orden en Europa.

Hasta entonces habia sido considerada la Rusia como nación mas bien asiática que europea. Conquistada en lo antiguo por los tártaros y los mongoles, desnaturalizadas las tradiciones de sus precedentes conquistadores los normandos y trasladadas las capitalidades de Nowgorod y Kiev á Moscow, ciudad medio bizantina, medio asiática, la Rusia fijaba naturalmente la vista en el Asia tanto como la apartaba de la Europa. Cuando hubieron sacudido el yugo extranjero, los Czares de Moscovia continuaron reputados al igual de los Kanes de Tartaria antes que al nivel de los monarcas europeos.

El genio de Pedro el Grande cambió esta dirección. Trasladando la silla imperial á las orillas del Báltico, soñó con el cetro de Occidente, ese sueño de Carlos V y

de Napoleon, ese sueño de todas las grandes monarquías europeas, y aplazó para mas desahogada época la renovación de sus pretensiones á vestir la púrpura del gran Constantino y levantar de entre sus seculares escombros el derruido trono del imperio oriental.

Continuada con infatigable perseverancia por todos sus sucesores, esta idea es la clave de toda la política rusa, el resorte misterioso de todas sus combinaciones, la palabra sagrada transmitida de unos á otros por todos sus hombres de Estado.

Y á fé que todas las condiciones geográficas, topográficas, estadísticas, sociales, políticas, religiosas, civiles y militares predisponen maravillosamente al imperio ruso para perseguir sin nota de demencia tan gigantesco destino.

Su territorio supera en extensión á todo el resto de la Europa: su población se aumenta con una rapidez proporcionada á la creciente multiplicación de sus recursos. Su pueblo, bárbaro todavía, separado por tantos siglos de la comunión europea, ageno á los múltiples goces de la moderna civilización limitados allí á las clases altas y á determinadas localidades, si bien conserva del culto cristiano los descosidos fragmentos de su primitiva educación greco-normanda, no concibe mas régimen que el de la fuerza, mas instituciones que la servidumbre en todos sus grados, mas sacerdocio que el supremo pontificado del autócrata reinante. Su larga educación tártara le ha impedido asimilarse á las sucesivas transformaciones por que han pasado las demás naciones europeas desde la edad media hasta los últimos adelantos modernos. Así, vemos en Rusia á la esclavitud sin patronato, al feudalismo sin caballería, á la monarquía sin aristocracia, á la Iglesia sin pontífice eclesiástico y vasalla muda del emperador, que es el árbitro del dogma, el regulador del rito y el supremo moderador de la disciplina.

Todo tiene allí un carácter material: la materia se sobrepone allí á todo. ¿Cómo podría prevalecer el sentimiento de lo justo y de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, allí donde solo se adora al poder, donde solo se aspira á la utilidad?

De aquí resulta que cuando Rusia imita los procedimientos de la política moderna, obra con la violencia de los ciegos poderes de la edad media. Sus monumentos, sus caminos, sus canales, sus puertos, sus ejércitos, su conscripción, su organización militar y civil, todo es obra de la fuerza, del despotismo absoluto é intransigente, de la obediencia pasiva é incondicional. La Rusia no toma de las naciones civilizadas sino aquello que puede conducir á sojuzgarlas. Situada entre la Europa y el Asia, créese llamada por el cielo á dominarlas; y esta idea, auxiliada por los infinitos medios materiales y morales de que dispone el imperio; esta idea, encarnada así en la cabeza de los Czares coronada con la doble diadema, como en la cabeza de todos sus vasallos marcada con el estigma de la esclavitud, es la constante preocupación de la Europa, la pesadilla de sus gobiernos y la alarma de su diplomacia.

Hé aquí por qué la lucha entre las naciones latinas y las anglo-sajonas ha cesado de repente. La aparición de un imperio mas poderoso que cualquiera de ellas individualmente considerada, les ha revelado el comun peligro. A su aspecto las antiguas rivales dejan caer de sus manos las armas, que solo deben volver á empuñar para combatir al colosal adversario que se aproxima.

(1) Véanse los números 6 y 7 de esta CRÓNICA correspondientes á los días 24 de mayo y 8 de junio últimos.

Este cambio de la política europea data de muy pocos años. Puede decirse que hasta 1850 sentía el peligro la Europa sin explicárselo a sí misma; ó, si se lo explicaba, le eran desconocidos ó imposibles los medios de hacerle frente con éxito.

El mismo Napoleón cayó en el error universal. Genio profundamente trascendental en el arte de la guerra, sus concepciones políticas llevan un sello de medianía, y aun de vulgaridad á veces, que nos asombra encontrar en el inmenso talento del Cárlo Magno de los siglos modernos. Napoleón no supo medir todo el alcance de las tendencias rusas: las alentó, las halagó, las sirvió por odio á la Inglaterra. Cuando conoció su yerro, ya era tarde: el ilustre guerrero estaba encadenado á la roca de Santa Helena, y el buitre del desengaño y del arrepentimiento devoraba las entrañas del nuevo Prometeo, que no supo comprender su tiempo ni seguir el impulso de su siglo.

Tampoco la Inglaterra está exenta de justísimos cargos. Culpa suya es la humillación del elemento latino y el impolítico abatimiento de la Francia ante el Congreso de Viena: culpa suya la erección de la Santa Alianza, que atrajo hácia el Norte el peso de la balanza europea: culpa suya la dictadura de la Rusia, á quien aquella deplorable liga sirvió de pedestal para dictar sus voluntades al resto del Continente.

Peró el error nunca es eterno. Pronto conoció el suyo la Inglaterra; y no bien la Francia de 1850 volvió por su dignidad ultrajada lanzando á la dinastía impuesta por las bayonetas extranjeras y hollando bajo su planta victoriosa los inmorales tratados de 1815, la política británica comprendió ser llegada la hora de abandonar la rutinaria tradición de los Pitt y los Burke y de abrazar calorosamente la defensa de los sagrados intereses de la libertad y la civilización de hoy mas inseparables de la sincera alianza de las razas que pueblan el Occidente y el Medio de la Europa.

Desde ese memorable año de 1850, la nación británica, cabeza y maestra de la raza anglo-sajona, se aproximó mas y mas á las de origen latino, comprendiendo dónde estaba el peligro y dónde la salvación, dónde la amenaza y donde la ayuda. De esta saludable línea no ha vuelto á separarse la profunda y previsora política del gabinete inglés.

¿Por qué reconoció con fervoroso apresuramiento la monarquía de julio, la revolución de 24 de febrero, el golpe de Estado de 2 de diciembre y la resurrección del imperio napoleónico con tan implacable encarnizamiento por ella misma combatido al principio de este siglo?

¿Por qué favoreció la autonomía de la Bélgica á despecho de los tratados de Viena y con menosprecio de las impotentes protestas de la Santa Alianza?

¿Por qué patrocinó la emancipación de la Grecia, la causa de doña Maria de la Gloria en Portugal, la de doña Isabel II en España y el restablecimiento del régimen constitucional en ambas monarquías?

¿Por qué recogió, la primera, el guante arrojado por el Czar Nicolás, y llamó en su ayuda á la Francia, y lidió perseverante hasta plantar la insignia del leopardo unida al águila imperial en los muros hasta entonces inexpugnables de Sebastopol?

¿Por qué protege la integridad de la república Helvética contra las miras usurpadoras de la Prusia, los fueros independientes de Dinamarca contra las pretensiones avasalladoras de la Dieta Germánica, la conservación de la nacionalidad moldo-valaca contra las tendencias anexionistas del Austria?

¿Por qué, deponiendo antiguas rencillas, se identifica en todas las cuestiones con la política francesa, y subordina sus mas caras afecciones y simpatías á la continuación de su cordial inteligencia con los gobiernos de la Francia, y al mantenimiento y perpetuidad de la paz entre todos los pueblos de Occidente?

¿Por qué la graciosa reina de Inglaterra ha entrado en París á la sombra de mil arcos triunfales? ¿Por qué la han acogido las atronadoras aclamaciones del pueblo francés? ¿Por qué la nieta de Jorge III ha orado en la iglesia de los Inválidos ante la tumba del gran Emperador, víctima expiatoria inmolada bajo los fuegos del Ecuador á la implacable saña de la rivalidad británica?

La respuesta está en el instinto, si no en la comprensión de todos; en la conciencia, si no en los labios de todos.

Los mismos, que no aciertan á analizar la causa del fenómeno, la sienten vagamente por esa especie de adivinación, por ese impulso de intuición irresistible, rasgo distintivo de las grandes épocas de transformación social.

La alianza de las dos razas rivales es una necesidad del período actual, como su lucha en lo pasado fue una consecuencia de las alternativas de su respectivo predominio. La Francia y en pos la raza latina, la Gran-Bretaña y en su secuela las estirpes anglo-germanas, aisladas y divididas, ceden á la presión del elemento greco-eslavo: unidas y coligadas, restablecen el equilibrio y salvan las nacionalidades amenazadas. Este es el gran problema de la Europa de nuestros días. Su solución está al alcance de todo el mundo.

Volvamos los ojos á la América, que nos ofrece un espectáculo asaz distinto.

Ya dijimos en el artículo precedente que, poblada la Europa por tres razas principales que recíprocamente se neutralizan, al punto que cualquiera de ellas asoma conatos de preponderancia exclusiva, la oposición unida de las dos restantes reprime toda veleidad de dominación y restablece el equilibrio; y que por el contrario la América, poblada solamente por dos de las expresadas razas, de las cuales la una es física y moralmente mas poderosa que la otra, carece de un compensador, de una tercera entidad neutralizadora, que mantenga el equilibrio cuando vacilante, ó lo restituya cuando perdido.

De donde resulta que el antidoto, que la Europa encuentra en la índole misma de su enfermedad, no es aplicable á la América, que carece de tan providencial y afortunado recurso.

¿Será, pues, que el hemisferio de Colon esté predestinado á convertirse en exclusivo patrimonio de una rama

de la raza anglo-sajona, advenediza en el rigor de esta palabra en razon de la posteridad de su establecimiento y de la prioridad de los títulos de España, títulos consagrados por las doctrinas civiles y canónicas y por el derecho público é internacional universalmente admitido en la época del descubrimiento?

¿Será que la noble estirpe ibera, que reveló el Nuevo Mundo al Antiguo atónito y maravillado, deba desaparecer definitivamente del suelo, que regó con su sangre, que redujo con su valor, que conquistó para el culto de la cruz, que pobló de ciudades y fortalezas, que preparó para la ciencia, para el arte, para la industria, para el comercio, para la libertad, para la independencia, para el progreso, para todas las maravillas de la civilización?

No lo creemos por la razon misma de que creemos en la Providencia; por la razon misma de que tenemos fé en la continuación y perdurabilidad de las nacionalidades históricas; por la razon misma de que tenemos esperanza de que la union europea de las dos razas pugnantas en el Nuevo Mundo lleva en su seno la solución del agitado problema de la dominación de la América.

VII.

Choca á primera vista el contraste que en Europa y América ofrecen hoy las razas latina y anglo-sajona. Vémoslas protegerse mutuamente en aquella, y acecharse hostilmente en esta. En el antiguo mundo la primera soporta con hidalguía la mayor parte del peso en los embrazos y compromisos de la segunda: en el nuevo vive con el arma al brazo en la temerosa expectativa de los insidiosos lazos ó de las provocativas agresiones de su antagonista. Aquí simpáticas, antipáticas allí: aquí aliadas, allí enemigas: aquí uniendo su causa y sus destinos, allí separando su política y sus aspiraciones.

Y es que en América les falta el lazo que las liga naturalmente en Europa: es que en América se encuentran la una enfrente de la otra sin un comun adversario, que las estimule á fundir en una sola idea sus opuestos instintos y encontradas tendencias: es que en América la raza anglo-germana tiene mas medios materiales, mas fuerza moral, mas hábitos políticos, mas alto grado de perseverancia, mas copiosa dosis de concupiscencia, mas levantado empuje de civilización que la raza ibera muellemente adormecida durante tres siglos entre las embriagueces del clima y los dorados sueños de una perpétua y no contestada dominación.

De donde resulta que el hispano-americano mira al Yankée como á un usurpador intruso, y que este menosprecia al otro como á un conquistador degenerado. El primero no se detiene ante los derechos de su rival: el segundo vacila al medir las fuerzas de su competidor. Así, la buena inteligencia es imposible, y el éxito del mas fuerte inevitable.

¿Cómo evitarlo? ¿Cómo restablecer en el Nuevo Mundo el equilibrio afianzado en el Antiguo? ¿Cómo lograr, sin la existencia del medio, la concordia de los extremos?

El problema, lo confesamos, es mas difícil de resolver en América. Faltan allí la Rusia y sus conatadas y correligionarias: falta esa raza greco-eslava, resucitada del polvo de la edad media; diseminada en mas de un tercio de la Europa; dueña de los dos mares que la terminan por el Septentrion y el Oriente; señora de dilatadas regiones en el Asia; limítrofe de la Persia y de la India, del Celeste Imperio y de la República Anglo-americana; organizada militarmente para la conquista y sujeta á la voluntad autocrática y omnipotente de un solo hombre obedecido como una divinidad.

Ese colosal poder, para cuya represión se ligan en Europa las razas antiguamente enemigas, no extiende la punta de su cetro hasta las praderas regadas por el Mississippi y el Orinoco, ni hasta las cumbres en que vomitan su abrasadora lava el Iztlazihualt y el Chimborazo. El estruendo de la artillería moscovita solo se oye en las selvas del Nuevo Mundo, como el eco debilitado por el ronco bramador de las olas oceánicas; y el Condór americano, que se cierne desde el Capitolio de Washington hasta los Andes del Perú y de Chile, contempla sin recelo ni simpatía al águila poderosa, que riza con sus alas las inmóviles ondas del Neva helado.

Las estirpes ibera y anglo-germana, naturalizadas en América, nada esperan, ni nada temen de los proyectos de la raza, que tanto preocupa al espíritu europeo.

Por donde se vé que en el continente americano no existe ningun elemento neutro, ningun compensador capaz de evitar la lucha de las dos razas, que aspiran la una á la dominación exclusiva y la otra á la conservación de su actualidad.

Y si ese elemento no existe allí, fuerza es buscarlo en otra parte.

Porque debe existir en alguna, dadas las tendencias civilizadoras de la época, tan favorables al desarrollo del principio de las nacionalidades.

Porque la cultura del siglo XIX no puede consagrar el despojo y la absorción de tantos pueblos cristianos y civilizados, que no tienen otro crimen que el de su debilidad relativa.

Porque las razas no mueren sino cuando se extingue en ellas la conciencia de su destino, ó cumplen su misión providencial en la marcha evolutiva de la humanidad.

Porque la raza española, ese interesante vástago de la latina que viene representando tan importante papel en el teatro de la historia, muy distante de haber consumado su carrera, se lanza hoy, inspirada por el número santo de la libertad, en busca de nuevos, mas fecundos y trascendentales destinos.

Porque la ambición yankée tiene que encontrar su expiación inevitable en la exageración misma de sus pretensiones.

Porque la estabilidad de sus instituciones políticas está en razon inversa del número de sus adquisiciones territoriales, en tal grado, que cada anexión es un nuevo peligro, cada conquista un nuevo síntoma de disolución del vínculo federal.

Porque en tanto que la América anglo-germana debilita con las anexiones y conquistas el principio de la

federación, que es el elemento principal de su fuerza; la América española fortifica con el tracto del tiempo y la asimilación de las inmigraciones latinas el principio de su nacionalidad, que es la condición de su progresivo desarrollo.

Y porque, sobre todo, siendo un hecho universal é incontrovertible que el derecho de la fuerza acaba siempre por ceder á la fuerza del derecho, todos cuantos creemos en la lógica de la historia, todos cuantos tenemos fé en la justicia de la Providencia, debemos mirar como imposible la absorción de la América latino-hispana por la ambiciosa República anglo-sajona, cuya inmensa extensión territorial, cuyo inconsiderado desparramamiento en diversas latitudes, cuya reunión de Estados semi-independientes entre sí y dotados de instituciones diversas en el fondo, aunque aparentemente similares en la forma, preludian ya una irremisible é inminente disolución de donde surgirán naturalmente nuevas nacionalidades encerradas en nuevas circunscripciones territoriales, que permitirán el establecimiento definitivo del deseado equilibrio entre las dos razas dominadoras del Nuevo Mundo.

VIII.

Estas y otras causas generales no pueden, sin embargo, ejercer una acción tan rápida y simultánea que impidan en la actualidad la prosecución de la política agresora y anexionista, que parece ser la divisa del gabinete de Washington de muchos años á esta parte. Por eso conviene examinar si en estos propios momentos se vislumbra algun medio de modificar, si no de impedir radicalmente, el progresivo incremento de tan funestas tendencias.

Y nosotros creemos encontrarlo en la Europa misma, en su situación actual, en sus actuales conflictos, en sus premiosas necesidades, en la sorda y perenne agitación en que la mantienen el antagonismo de los principios y la lucha de las razas, los recelos de lo presente y las preocupaciones de lo porvenir.

Lo creemos con toda la sinceridad del mas profundo convencimiento. La cuestión americana no puede resolverse en América: la cuestión americana tiene que resolverse en Europa.

Si esa cuestión hubiese de resolverse en América, la resolvería la fuerza.

Si esa cuestión fuese resuelta por la fuerza, semejante resolución no sería sino el principio de una serie interminable de calamidades y desastres.

La raza latino-hispana no sucumbiría sin combatir, y acaso no combatiría sin triunfar.

La heroica resistencia de Costa Rica contra la usurpación reciente de Walker lo prueba de sobra: su brillante triunfo sobre el filibusterismo anglo-americano es el precursor de otros mayores y mas decisivos, que aguardan á nuestra raza en la hipótesis de generalizarse la contienda.

Ni se arguya con las vergonzosas cesiones y concesiones de Méjico. Un acto de debilidad se rescata con otro de energía; y el sentimiento del oprobio, despertando la conciencia de la dignidad propia, reanima la llama del patriotismo y multiplica los resortes de la resistencia. A pesar de su lamentable postración y anárquicos conflictos, dudamos que Méjico mismo se dejara inmolarse sin erguirse y revolverse contra el impio sacrificador en el momento supremo del sacrificio.

¿Y qué diremos de las valientes Repúblicas del Sur? ¿No tienen ellas el valladar del Istmo, esas Termópilas de la América meridional? ¿No defienden á esta las inaccesibles cumbres de los Andes, en donde el Condór fabrica su nido superior á la región en que se balancean las nebulas? ¿No la ciñen amorosamente por todos lados el Atlántico y el Pacifico del mismo modo que los cariñosos brazos de una madre rodean al delicado hijo para preservarlo de los ataques é injurias exteriores? Y con tales y tan naturales defensas, la estirpe de los Pizarros y los Almagros ¿se dejaría reemplazar en la tierra de los Incas y en el imperio del sol por la descendencia de los perseguidos de Cromwell y de los proscritos de Isabel de Inglaterra?

Hé aquí por qué creemos que la cuestión americana de las razas no puede resolverse en la América ni por la América: —hé aquí por qué decimos que esa cuestión no puede resolverse sino en Europa y por la Europa.

IX.

En Europa, con efecto, existen únicamente los elementos de su inmediata y satisfactoria solución. La alianza de las naciones occidentales consagra la union de las razas latina y anglo-germánica. Pero esta alianza sería ilusoria y estéril, esta alianza no correspondería á su fin mas esencial, si el principio que la ha engendrado en Europa no atravesase los mares y trascendiese con toda la plenitud de sus consecuencias á las playas del Nuevo Mundo.

La liga latino-anglo-germánica, esa suprema necesidad del equilibrio europeo, no tiene otra fianza de estabilidad, otra garantía de duración, otra perspectiva de porvenir que su prolongación y trascendencia á los dos elementos que la representan en el hemisferio occidental.

Suponed, en prueba de ello, persistente y continuada la lucha de los últimos en la tierra de América: suponed que el elemento anglo-germano vence y subyuga, absorbe y anula al elemento latino. Entonces sucederían infaliblemente una de estas dos cosas:

Ó que la rama primogénita de la raza anglo-germana, ensoberbecida con la inmensa conquista de su segunda rama en América, reputaba innecesario ó despreciable el auxilio del elemento latino, en cuyo caso este se refugiaría al campo de Rusia y se reproduciría con mas titánicas é incmensurables proporciones la actual contienda:

Ó que por la inversa, alarmada por la decadencia del elemento latino á resultados de su derrota en América y por la necesidad de su fatídica deserción á las tiendas rusas, se empeñaba en fortificarlo y robustecerlo, en cuyo evento le sería preciso combatir á la segunda rama, su

hermana de raza, para proteger y preservar los intereses de su aliado.

Por donde se ve que el elemento anglo-germánico en Europa, no precavido ó no impidiendo la conflagración de las razas pugnantas en América, tiene que someterse á la fatal alternativa de una alianza inevitable del interés latino con la ambición greco-eslava en el Mundo Antiguo, ó de una lucha fratricida y desconsoladora con su propia raza en el Nuevo Mundo.

Así, su deber como su interés, la voz de la justicia como el instinto de la conveniencia, lo comprometen á terciar en la lid, manteniendo en América el equilibrio de las razas é impidiendo la absorción de la latina por su competidora.

Por esto creemos (y esperamos que un porvenir, no lejano acaso, abone nuestro vaticinio) que las naciones de origen anglo-germánico, hoy irrevocablemente aliadas en Europa, encaminarán en lo adelante su política, y agotarán todos los recursos de la prudencia y de la energía para estorbar, de grado ó por fuerza, que su segunda rama en América absorba las numerosas repúblicas hispano-americanas, y el imperio del Brasil, con las colonias que allí han quedado como perdurables monumentos de la antigua dominación europea.

La razón es obvia é irrefutable. El equilibrio europeo exige imperiosamente que la balanza se mantenga igual en el Nuevo Mundo. La perturbación del equilibrio americano sería la ruina de ambos en todas las hipótesis imaginables.

No importa que se objetan la intemperante ambición del carácter yankee, la política anexionista del gabinete federal y las tendencias indisciplinares é incoercibles del pueblo de la Union. Sin desconocer el siniestro influjo de estas desventajosas circunstancias, no las reputamos asaz poderosas para luchar con fruto contra los intereses de la humanidad y contra las necesidades de la civilización:—que interés y necesidad de la una y la otra es la incolumidad de la raza latina en América para precaver los inmensos peligros de su absorción por el elemento contrario.

Las turbas indisciplinares de la Union, lo sabemos de antemano, gritan contra la evidencia de estas verdades; y el gobierno de esa República, tan olvidada hoy de los sabios consejos y gloriosos ejemplos de su inmortal fundador, cede á la presión de las masas inmorales y desenfrenadas, para quienes la medida de la conveniencia es el único criterio de la justicia. No importa, volvemos á decir. La voluntad refractaria de una nación, por mas que sea poderosa, no alcanza á sobreponerse al voto de la opinión universal, ni á impedir el cumplimiento de las invariables leyes que rijen el curso de los acontecimientos humanos.

La América recibió de Europa la vida y la luz, el doble bautismo de la religión y de la civilización: es la hija de la Europa es la carne de su carne, la sangre de su sangre: es su continuación, su prolongación, su apéndice. La América es la Europa trasladada en cuerpo y alma al nuevo hemisferio.

Por eso no pueden separar sus destinos, ni divorciar su política, ni marchar por diferentes caminos. La fusión del género humano empieza por la solidaridad actual de la Europa y la América, esas dos gemelas del progreso, esos dos Bautistas precursores de la unidad humana.

Suponer que las razas, hoy unidas en Europa por un interés de existencia y por un instinto de progreso, puedan hacerse en América una guerra de exterminio, es desconocer á la vez las tendencias irresistibles de la civilización y las leyes inmutables de la historia.

Basta admitir un momento tan absurda suposición para rechazarla en seguida al aspecto de sus consecuencias. Tal es la índole de lo absurdo. Lo absurdo se refuta á sí mismo. Admitirlo es refutarlo.

El exterminio de la raza latina en América es la debilidad relativa de ese mismo elemento en Europa.

Su decadencia en Europa es la infecundidad de la alianza occidental: es la preponderancia del elemento greco-eslavo: es la ruina correlativa del principio anglo-germánico: es la espada de Damocles suspendida sobre las nacionalidades independientes: es el retorno de la barbarie de los siglos medios: es el pavoroso reinado del despotismo oriental: es el eclipse de la libertad moderna, la abdicación de sus preciosas conquistas, la humillación del espíritu, la exaltación de la materia, la degradación, el retroceso, el caos!.....

¡Oh! ¡Nunca sea! La Europa no puede inmolarse á sí misma, sacrificando á la América.

Las invencibles armas, que se esgrimieron para preservar la integridad de la Turquía y rechazar al autócrata hasta los hielos del Neva, sabrán enfrenar la manja conquistadora del moderno Capitolio: ó mas bien, solícito de su propia integridad y aterrado por las imposibilidades de su loca empresa, el pueblo yankee renunciará á su dorado sueño, ese sueño de la dominación de un mundo, que no pudieron realizar ni Alejandro ni Roma, ni Carlo-Magno ni Napoleón.

Tal es nuestro pensamiento sobre el porvenir de la América.

Algunos años mas, y los sucesos justificarán esta prevision. La suerte de las razas americanas es la suerte misma de sus primogénitas europeas.

El día, en que estas pudieran ser arrolladas y absorbidas, las tinieblas aparecerían de nuevo sobre el horizonte de la humanidad.

Pero no:—esto no puede suceder: esto no sucederá. El mundo no marcha al acaso: el mundo no retrocede: el mundo no está condenado á los círculos periódicos y á las fatídicas alternativas de Vico. La luz de la Providencia lo guía, como la columna luminosa á los israelitas del desierto. El progreso no se detiene ya: hoy tiene alas como las aves, corrientes como el aire, celeridad como el rayo. El progreso es la paz. Con ella es incompatible el flujo de dominación y conquistas. El espíritu antiguo se retira ante el espíritu moderno. La Europa marcha á la cabeza de la pacífica cruzada, y la sigue la América solidaria de todas sus evoluciones, mientras llega el lejano

no día, en que todas las nacionalidades del mundo se confundan en un mismo sentimiento, en un mismo culto y en una misma civilización.—El inspirado autor del mas santo de los libros ha dicho—paz al hombre en la tierra:—la Europa y la América, esas primogénitas de la civilización, dirán tambien á su vez—paz al hombre en la tierra, repitiendo el himno cantado por los ángeles del cielo al nacimiento del que es Señor de los cielos y de la tierra.

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

LA INDIA INGLESA.

ARTICULO IV. (1)

Hasta aqui nos hemos ocupado solamente de la parte esterna de la India, de la que se refiere á los dominadores y de ellos ha nacido por la conquista, por la política, por el repartimiento de tierras, por las condiciones impuestas al cultivo y por la administración que regula las relaciones del gobierno con sus 140 millones de súbditos. Fáltanos ahora, á menos de dejar manco este trabajo, y aun sin la pretensión de hacer de él una etnografía, dar alguna idea, siquiera sea superficial y ligera, de la fisonomía propia de aquellas razas, de sus condiciones morales é intelectuales, de su religión y de sus costumbres, á fin de que, presentado bajo todos sus aspectos el sugeto sometido á la civilizadora acción europea, pueda juzgarse de la eficacia ó ineficacia de los medios por esta empleados, teniendo en cuenta los obstáculos que le han salido al paso antes de pronunciar el lector su fallo, que debe ser conienzudo para no pecar de apasionado é injusto.

Por no olvidar la índole de esta publicación, tomaremos á la India en su situación actual sin retrogradar á la fábula y al mito para seguirla luego por la serie de su historia antigua adivinando una evolución geológica en cada encarnación de sus dioses, un suceso real en cada símbolo y una degeneración ó un progreso en el triunfo alternativo de los diversos principios del bien y del mal, del amor y la destrucción, de la igualdad y de la casta, que han representado á nombre de las múltiples y enemigas divinidades de su fecundo Olimpo, los filósofos, los sacerdotes, los legisladores y los guerreros. Tentador sería, si nuestro propósito no fuese tan firme, recorriendo con la imaginación las al-gres comarcas que alumbró el sol con las primicias de sus rayos, pararse á contemplar la cuna del hombre en el ameno valle de Cachemira, encerrado en un cinturón de montañas, como si la naturaleza hubiera querido, en uno de sus colosales trastornos, ocultar á los ojos del mundo el paraíso que habia perdido por culpa de nuestros primeros padres. No lo sería menos, ascendiendo al Parapamiso, colocarse en la cima del sagrado Merú, habitado por el poder de Dios y por los cuatro animales fuertes, el camello, el buey, el ciervo y el caballo, y ver cómo se precipitan de su altura los cuatro grandes rios, el Braçmaputra, el Ganges, el Oxo y el Indo, cuyas aguas, resbalando mansamente unas veces, fertilizan estensas llanuras que rinden al trabajo cinco cosechas anuales, y despidiéndose otras á manera de torrente, imprimen una larga huella de esterilidad en las áridas comarcas que atraviesan en su rápido é hirviente curso. Acaso deberíamos en obsequio del asunto que tratamos y para ilustrarlo convenientemente, penetrando en el fondo moral de las creencias indias, remontándonos al último eslabón de que se desprende su complicada teogonía, comparándola con las de pueblos lejanos y de diverso origen y reduciendo á justas proporciones la multitud de siglos de que se componen sus *calpas* ó edades del universo, tocar la verdad primitiva y revelada y las tradiciones patriarcales, adulteradas mas tarde hasta convertirse en un materialismo absurdo; sorprender en Braçma el dogma del pecado y de la rehabilitación, impuro después en las gradaciones de la metempsicosis; estudiar en los vedas, pervertidos por el comentario, una doctrina aceptable, monoteísta, inercueta, á la que han sustituido de época en época el dualismo, la idolatría, la poligamia, (2) la fatalidad, el panteísmo, el suicidio, el asesinato y las hecatombas humanas; observar cómo ha ido degenerando la misma religión del islam, introducida en la India durante la persecución de los onmiadas y confirmada en el siglo XVI por Babur y sus sucesores (3) en ritos contrarios al dogma y en sectas como la de los siks, que apenas recuerdan su procedencia, por la ambición de los principes, el contacto con la raza indígena y la corrupción de los mulpwias ó imanes; en fin, comprobar la filiación de las civilizaciones egipcia, griega y latina, buscando en el Indostan el origen del culto misterioso de Isis y Eleusis y el fuego de la Vesta romana. Pero preciso es cortar el vuelo al deseo, porque el deseo nos llevaría muy lejos, mucho mas allá de nuestras fuerzas y de la benevolencia de nuestros lectores, y quizás por correr tras lo pasado soltaríamos el hilo de lo presente, que necesitamos tener siempre á la mano para no extraviamos en el laberinto de nuestras ideas y mantener la curiosidad por medio de un interés palpitante.

La raza india es hoy lo que hace 500 lo que hace 1,090 años: fanática, débil, indolente. Todo cuanto se ha escrito de la bondad de carácter y de la tolerancia de los braçminas estaba mas que puesto en dada por la experiencia, antes que los últimos acontecimientos nos hayan proporcionado un dato seguro para juzgarlos. El indio cree en la *trimurti* ó trinidad religiosa compuesta de Braçma, que es el padre, de Visnú su verbo y de Siva, dios prolífico y destructor á la par, objeto de obscenas adoraciones: vegeta encerrado en una de las cuatro castas, sacerdotal, guerrera, cultivadora y artesana, que en vano se empeñó en destruir el budismo, en la hipótesis mas admitida de que fue posterior á la doctrina braçminica; considera la vida como un tránsito de una á otra clase; mira en los animales que le rodean otros tantos semejantes suyos que espían sus faltas bajo la forma del bruto, y diviniza la naturaleza física hasta el extremo de rendir culto á los objetos mas repugnantes. Ideas menos groseras tiene la casta elevada, para quien la contemplación, la abstinencia, los éxtasis y el dominio de la carne por el espíritu, conducen á la identificación con la sustancia etérea; pero sea cálculo político ó interés egoísta ó ambas cosas reunidas, nunca ha sacado á la muchedumbre de su hediondo fetuismo, y antes por el contrario, la ha confirmado en él con prácticas, fórmulas y prescripciones que pugnan con los principios de la moral verdadera, sostienen vivas la abyección y la barbarie, y son un obstáculo invencible á todo género de adelantos. El braçmina, salido de la boca de Braçma, depositario de la ley y de la ciencia, resultado de las diferentes transmigraciones que guían á la perfección, ha sido el autócrata de la India aun bajo el dominio absoluto de los rajahs nacionales, y si bien perdió en extensión su autoridad cuando la invasión de los mogoles, ganó en intensidad como centro y lazo de la independencia y religión indígena, cuyos ídolos y dioses habian caído á los golpes de los mahometanos iconoclastas. Ellos eran los que aconsejaban al monarca, ellos

los que sujetaban á una ritualidad nimia los movimientos acompañados de su existencia; ellos los que administraban justicia; ellos los que se hacían pagar el diezmo de los productos; ellos los que arreglaban los servicios civil y militar distribuyéndolos en seis clases que dependían de su temible ministerio. La teocracia indiana ha resistido á la ambición de los guerreros y al número de las razas desposeídas, porque cedió á aquellos las apariencias del poder y mantuvo á estas en una dependencia opresora con su auxilio.

Á la civilización europea, cimentada en la dignidad personal, en el desarrollo de la inteligencia y en la glorificación del trabajo, opone la India su sistema de castas, barrera que no se salva siempre con la muerte, una ferocidad alimentada por el error y el hábito, y una resistencia á las innovaciones que el ahijón de la necesidad no commueve. El indio sabe que ha de pasar por una, dos ó mas encarnaciones, como las divinidades que adora, y ocupa su tiempo en subir los escalones que le conducen á la bienaventuranza haciendo obras meritorias como la peregrinación á Benarés ó al templo de Jaggernaut, pronunciando continuamente la palabra mística *om*, símbolo de su trinidad, enseñando á los papagayos el nombre de *Rama*, multiplicando hasta lo infinito el número y las denominaciones de sus ídolos para aumentar sus protectores, dándoles de comer para que estén contentos, suspirando por el cielo de Indra, que es la mitad superior de la cáscara del huevo místico, rociándose con el agua del sagrado rio, rezando por los muertos, permaneciendo días enteros sin tomar alimento y sin moverse, y coronando esta estéril obra en sus relaciones privadas con pleitos, disputas, usurpaciones y perjuros. Y al fin estas *virtudes* pueden permitirse sin escándalo, pero hay otras que de tal modo marcan la degradación moral y la perversidad de sentimientos, que su tolerancia en un gobierno medianamente ilustrado sería una punible connivencia. El inglés los ha presenciado, sin embargo, estoicamente durante muchos años; y porque de veinte acá ha escuchado el grito de la humanidad ultrajada, se le acusa por algunos de haber provocado la insurrección de los cipayos atacando la religión y las costumbres nativas. ¿Qué es lo que se pretendía? ¿Que miles de viudas se arrojasen voluntariamente á la hoguera abrazadas á los cadáveres de sus maridos, sin que la mano de la administración impidiese tan bárbaro suicidio? (1) ¿Que la torre de Jaggernaut vaya aplastando devotos bajo sus enormes ruedas, escoltada como antes por los agentes de la Compañía? ¿Que no se persiga á las tribus que degüellan periódicamente víctimas humanas para obtener una abundante cosecha? ¿Que se transija con los *thugs* que hacen del asesinato un dogma? ¿Que se corra el velo de la impunidad sobre el infanticidio, el envenenamiento y cien crímenes mas que se consideran preceptos divinos entre los salvajes habitantes del Indostan? Si solo á esta costa habia de conservar sus posesiones la Inglaterra, su deber de nación cristiana y su honra de nación culta le aconsejarían abandonarlas. Las consideraciones con los usos indígenas, que admitimos como regla general de un sistema prudente, no puede ir nunca hasta el respeto de espantosos crímenes, hasta la infracción de todos los vínculos de la naturaleza, hasta la sublevación de las conciencias indignadas. Harto deferente estuvo la administración cuando el vil interés cegaba los sentimientos de la Compañía, y fue preciso que la opinión pública, movida por las sociedades bíblicas y propagandistas, se levantase en son de amenaza contra una condescendencia tan escandalosa para que los directores y los gobernadores pusieran coto á tamañas iniquidades.

Todavía en este siglo asistió el abate Dubois en la isla de Ceylan á una *suttee* ó sacrificio de dos mujeres del rajah de Tandjore, que acababan de deponer los ingleses. Detrás del convoy marchaban las viudas rodeadas de sus amigas que elogiaban su resolución y les pedían un recuerdo. Llegadas á la hoguera, pareció como que vacilaban ante la perspectiva del suplicio, pero los parientes del difunto y los braçminas las acostaron apresuradamente en el lecho fatal, y los cánticos de los sacerdotes, contestados por la multitud, sofocaron los gritos dolorosos de aquellas infelices. Mr. Buchanan refiere que en una peregrinación que hizo á Poore en 1806, vió á un indio tenderse con el rostro en tierra bajo el carro del Dios, quedando su cadáver espuesto á la admiración de los espectadores. Mas adelante se sacrificó una mujer, y queriendo prolongar su agonía, colocó su cuerpo diagonalmente para vivir algunas horas en las mas atroces angustias. Otros menos devotos mandaban que los suspendiesen en el aire enganchados por los omoplatos con garfios de acero ó se pinchaban el pecho ó se cortaban la lengua; todo ello entre los aplausos de los concurrentes á la ceremonia, en medio de la impasibilidad británica, que se hubiera alarmado con una riña ó con el hurto de un pañuelo, y al ruido de las salvas de artillería de una potencia civilizada. ¿Qué ignominia! Paseándose cierto día un inglés por las orillas del Ganges, encontró un hombre en el suelo que no daba señales de vida; acercóse inmediatamente, y después de cerciorarse de que respiraba todavía, le introdujo en la boca algunas gotas de licor y se le llevó á Calcuta. El de esta manera salvado resultó ser un braçmina que se dejaba morir de hambre junto al sagrado rio. Tan pronto como sus compañeros averiguaron el suceso, le degradaron de su casta bajo pretexto de que habia bebido con los extranjeros y perdido con su dignidad los emolumentos de su cargo. El compasivo inglés, en premio de su buena acción, fue condenado por los tribunales á mantenerle el resto de su vida, y cuando el sacerdote deshonrado trató de suicidarse, nuevamente, su protector desengañado se guardó muy bien de impedirlo. Hasta hace treinta años los mas grandes criminales iban al patíbulo coronados de flores, seguidos de ruidosas músicas, y aclamados como mártires voluntarios por una población frenética, que de esta manera quitaba su moralidad á la pena convirtiéndola en una verdadera apoteosis.

Lord Bentinck, sábio y prudente gobernador, á cuyo nombre van unidas casi todas las mejoras administrativas de la India, volvió por los fueros de la humanidad ultrajada, y quiso atajar el mal en su raíz, sin descuidar por eso la represión enérgica de sus manifestaciones. Poco tiempo antes, concediendo un antecesor suyo permiso por la vez primera para repartir unas cuantas obras bíblicas remitidas desde Inglaterra, habia dicho las siguientes palabras que encerraban todo un sistema: «no puedo hacer mas como gobernador de la India, pero no puedo hacer menos como cristiano.» Lord Bentinck no se atuvo á este término medio entre un mal entendido deber y su conciencia, sino que auxiliado por los consejos del historiador Macaulay, reformó la enseñanza pública en el sentido de las ideas de la metrópoli y de los sentimientos cristianos. Antes de él, la protección de la Compañía se limitaba á las ciencias y religiones indígenas y mahometanas, en el falso supuesto de que este era el único medio de conservar pacíficamente la posesión del Indostan, considerado por la especulación como una vasta factoría industrial que explotar, no como un pueblo fanático y atrasado cuya conquista tenia que justificarse redimiéndole del error, y haciéndole entrar paulatinamente en la comunión europea. El colegio mahometano ó *Madrassa* de Calcuta y el colegio sanscrito de Benarés estaban subvencionados como institutos superiores, lo mismo que otros establecimientos de

(1) Véanse nuestros números del 8 y 24 de agosto y del 8 de setiembre.

(2) Del código de Manú se deduce que el indio no tenia mas que una mujer; pero como la superstición concedía muchas á los dioses, los ricos imitaban esta costumbre, extendida después por la dominación mahometana.

(3) El Gran Mogol Akbar cambió el símbolo de la fé sustituyendo con el suyo el nombre de Mahoma.

(1) Esta costumbre atroz, que no ha desaparecido por completo, estaba tan encarnada en las altas clases del país, que fue preciso toda la constancia enérgica de lord Bentinck para destruirla. Unos la creen hija de un falso orgullo ó punto de honor que se infiltró en la opinión, como entre nosotros el duelo; pero otros la atribuyen á una antigua ley que la prescribió para evitar los frecuentes asesinatos de los maridos por sus propias mujeres.

enseñanza secundaria donde se daban lecciones de persa, árabe, matemáticas, medicina y astronomía dentro del estrecho círculo de los conocimientos orientales; se explicaban la teología, la filosofía, la lengua sacerdotal, la legislación y la literatura indiana, contenidas en los *sastras*, de que forman la parte fundamental los vedas, y se daban además las escasas nociones de lectura, caligrafía, gramática, aritmética y composición que forman el mezzuino repertorio de las escuelas nativas. Mientras tanto, el gobierno no se ocupaba de los dialectos populares, de los idiomas vivos, sin escluir el inglés, ni de las ciencias y artes tal como ha llegado a perfeccionarlas el Occidente. Una sociedad particular fue la que inició el pensamiento de poner al alcance de los naturales la ilustración moderna, después que el acta de 1813, destruyendo la antigua rutina, permitió desenvolver el único sistema de asimilación que pudo y debió emplearse desde el principio con perseverancia y con fruto.

Nuestros lectores nos agradecerán que traslademos aquí algunas reglas de disciplina escolar india, sacadas del *Darma-sastra* en su capítulo de la educación: «Al comenzar y finalizar el curso, dice, el discípulo está obligado a apretar respetuosamente las manos de su maestro y a tocarle el pie derecho con su pie derecho y el pie izquierdo con su pie izquierdo: se le recomienda especialmente que pronuncie la mágica sílaba *oum*, porque sin ella resbalará la ciencia por su cerebro como el aceite sobre el mármol. El discípulo no debe bajo ninguna pretexto replicar a las órdenes de su preceptor ni hablarle sentado o tendido ni con la boca llena ni volviéndole la cara, mucho menos censurarlo, burlarse de su lenguaje o envidiar su sabiduría, pues la pena de semejantes faltas sería reaparecer en la tierra por espacio de 60,000 años bajo las especies de asno, reptil ó gusano.» Los preceptos orales con que en las escuelas primarias se hacen, por falta de libros impresos, los ejercicios de lectura y escritura, son por este estilo: «Una mujer es precisa para tener un hijo; un hijo para que ofrezca golosinas en vuestros funerales; un amigo para que os ayude en vuestra desgracia, pero solo el dinero satisface todas las necesidades de la vida.» «Poseer buen apetito, buen alimento, fuerza varonil, hermosa mujer, corazón generoso y mucho dinero son señales seguras de que un hombre ha merecido bien del cielo en su vida anterior.» Estas y otras máximas que el decoro no nos permite reproducir, repiten con voz gangosa los concurrentes a las aulas indígenas, jóvenes de 12 a 16 años, muchos de ellos padres de familia, recibiendo su ánimo impresionable el gusto de la licencia y de la avaricia y desarrollándose así sus naturales instintos de egoísmo.

La estadística de la enseñanza no abraza más que la presidencia de Bengala, pero basta para servir de dato aproximativo y deducir el estado de la instrucción en las otras. Resulta de sus tablas que en los distritos donde existe mayor número de escuelas, concurren a ellas 16 niños por 100 y 2 únicamente en los que cuentan menos: la proporción en que se hallen los adultos es de 5.4 por 100. Las mujeres son extrañas a toda clase de educación, porque casadas a la tierna edad de 8 a 10 años y encerradas luego en el harem, si por acaso aprenden algo antes de pasar a manos de su marido, concluyen por olvidarlo. Va además unida cierta nota infamante a la joven que quiera salir de la común esfera, nota que las señoras residentes en Calcuta han procurado desvanecer con mejor voluntad que fortuna estableciendo la enseñanza domiciliaria.

De los 58 ó 40 millones de habitantes de Bengala, millón y medio adquieren los primeros rudimentos de una instrucción diminuta é imperfecta: la inmensa mayoría permanece sumida en un embrutecimiento intelectual, que no es tanto obra del abandono, cuanto de las prescripciones religiosas. No es permitido más que a los brahminas enseñar las doctrinas canónicas contenidas en los libros sagrados; la casta aristocrática los conoce por obligación y a la clase agricultora no le está vedada su material inteligencia. Pero detrás de ella vive la numerosísima de los sudras en perpetua y forzada ignorancia, y gimen en una escala mas baja de abyección y miseria los infelices parias, raza aborigene que viene sufriendo la tiranía de todos los dominadores, raza maldita que inspira horror, y cuya sola sombra mancha los objetos que toca; raza proscrita de la sociedad, como los judíos en la época del feudalismo, que descubre su origen especial en la diversidad de sus dioses y de su culto. Por eso vemos que de los 1,538 alumnos que tienen las 490 cátedras de Sanscrito del departamento de Burdwan, dirigidas por otros tantos *pundistas*, 1,296 pertenecen a la casta de los brahminas, 17 a las familias degradadas de este orden y 43 a la clase de los médicos. En el mismo distrito hay 5,634 estudiantes de persa, 2,096 mahometanos y 1,388 indios, y 138 de árabe literario.

Una vez conocido el deplorable estado de la educación, y en particular de la educación europea, inició lord Bentinck la reforma, que luego continuaron sus sucesores, aumentando el presupuesto asignado a este ramo de la administración, suprimiendo gastos parásitos, encerrando los nuevos estudios, aunque sin abolir los antiguos, hacía los dialectos vulgares como el bengalés, el indostani y el urdu, y hacía las ciencias de aplicación destinadas a rectificar por medio de la demostración los absurdos de las indígenas. Fundaronse entonces y en lo sucesivo, bajo los métodos pedagógicos de Inglaterra, y con la perspectiva de premios de emulación y de destinos reservados a los mas aventajados, los colegios de Calcuta, Hoogly, Dacca, Kishnagur, Burdwan, Delhi, Agra, Benarés, Elphinstone, Surat, Tonnak y otros muchos que sería prolijo enumerar, el indiano de la capital, la escuela central y la facultad médica de Bombay, la universidad de Madrás y el Seminario Episcopal para las misiones y la propaganda, ascendiendo su coste total a 9 millones de reales. Los mas concurridos son el colegio indiano de Calcuta que cuenta 488 alumnos, y la *Madrissá* ó colegio mahometano con 280.

De religiones llenas de dogmas ridículos y pervertidos en su espíritu y prácticas por la adulteración de innumerables sectas, y de una instrucción tan impregnada de errores, edificio informe en que la reforma ha empezado por la cúspide, dejando la base entregada a la mala fé y a la ignorancia, no han podido menos de resultar viciadas las ideas y los sentimientos de las razas que habitan el Indostan, cuya asimilación con la europea, por el camino que se había emprendido, era de todo punto imposible. En ninguna parte del globo la estadística criminal ofrece fenómenos tan sorprendentes como en la India, ni una especialidad en delitos que allí solo se conocen, ni una ferocidad tal en aquellos, que por desgracia no están circunscritos a las orillas del Indo y del Ganges. No queremos hablar con mas extensión de las mortificaciones y sacrificios voluntarios, pues aun con la imaginación es horroroso pararse ante la hoguera de los *sutees*, y ver a los fakires desnudos y desgredados, con los brazos perpetuamente estirados en una posición horizontal ó con los puños constantemente cerrados, formándose una aquilosis en sus miembros y ofreciendo a la vista las hediondas llagas abiertas por las uñas al atravesar las palmas de las manos. Pasaremos en silencio la costumbre de dejarse morir de hambre a la puerta de un enemigo a quien se pide justicia ó favor, y de suicidarse para que se impute a otro el atentado, último límite de una venganza estúpida, para ocuparnos de las acciones puramente objetivas, de aquellas que se realizan en daño de los demas por espíritu de secta, por preocupaciones religiosas y por depravación de costumbres.

Leyes sacerdotales, originales ó interpretadas, prescriben las hecatombas humanas como la ofrenda mas acepta a la divinidad, y preciso es convenir en que juzgando de lo que habrá sucedido por lo que actualmente pasa, ningún país ha procurado en mayor escala atraerse los favores del cielo. Un pueblo

entero, el de los *khonds*, que ocupa entre las presidencias de Bengala y Madrás una extensión de 200 millas de largo por 170 de ancho, tiene por dogma fundamental la inmolación periódica de cierto número de victimas, que compra en las llanuras y designa con el nombre de *merias*, para conseguir una buena cosecha. El *meria* es enajenado y agasajado hasta que le llega su turno, y entonces, reunidas las poblaciones limitrofes como para una fiesta solemne, se le degüella ó ahoga en sangre de cerdo en medio de repugnantes ceremonias, y destrozado su cadáver por los asistentes, cada cual lleva un pedazo en trofeo para aplacar sus dioses penates. Los corredores de esta mercancía llamados *panwas* no siempre se valen de la violencia y del rapto para obtenerla, pues hay padres sin entrañas que les venden sus hijos a vil precio.

El contacto en que necesariamente tuvo que ponerse la administración con las tribus del interior, la hizo descubrir otra costumbre bárbara, no solo entre los *khonds*, sino entre los *rajputs*, raza guerrera que profesa el induismo, y en casi todos los distritos de la India central. Entre los *khonds*, partidarios del doble principio del bien y del mal, este se halla representado por la mujer, y para aniquilarlo apelan al infanticidio en el sexo femenino dentro de los siete primeros días del nacimiento; pero como si se quisiera dar a la mujer una compensación de su precaria suerte, ó temiendo al espíritu diabólico cuando incubaba en un cuerpo ya adulto, las que se salvaban de la muerte ó las que vienen de fuera para las necesidades de la propagación de la especie, gozan de tales privilegios, que sobrepujan los sueños de los socialistas y los usos mas que libres de la secta del *free love* de los Estados Unidos. El vínculo del matrimonio no les liga con ningún deber; el adulterio lo constituye la infidelidad del marido, que es repudiado ó admitido cuando a su compañera le place; ellas dirigen los negocios públicos, acompañan a los hombres a la guerra y toman una parte activa y preponderante en sus negociaciones y en sus alianzas. La inspección mandada practicar por el gobierno demostró que en varias aldeas de cien familias no existía una sola niña.

Lo que para los *khonds* es superstición, es asunto de vanidad para los *rajputs*, quienes consideran como una deshonra, que previenen y evitan por medio del infanticidio, un enlace desproporcionado, una falta que empañe el brillo de su alcurnia ó la imposibilidad de celebrar con fiestas espléndidas el matrimonio de sus hijas y de regalar régimamente a los *charanes*, sacerdotes poetas que asisten y presiden a las ceremonias nupciales. La recién nacida perece ahogada con el cordón umbilical, ó aplicando un sutil veneno al pecho de la madre, ó puesta en un cesto y abandonada a la voracidad de los tigres y los chacales.

La asociación de los *thugs* dedicada al culto de la diosa Kali ó Bowhanee principio del mal, dirigida por diferentes *gooroo* ó jefes espirituales, dividida en grupos ó partidas de salteadores, santificada por los *chams* ó sacerdotes, y compuesta de las tres categorías de *buthotes* ó estranguladores, *lughas* ó enterradores y *soothas* ó enganchadores, ha tenido organizado el asesinato por toda la India por espacio de muchos siglos. El *thug* es admitido en la sociedad después de varias pruebas é iniciaciones, vive al aire libre acechando al viajero, al comerciante, al soldado, no emplea jamás la fuerza, pero tampoco deja escapar su presa. A una señal convenida entre los asociados la cuerda ó el pañuelo manejados con rara habilidad, dan fin de la víctima sin un grito, sin un ay siquiera, y la tierra oculta sigilosamente la prueba material del delito. Eugenio Sue ha descrito esta secta en el *Judio Errante*, pero la imaginación del novelista se ha quedado muy atrás de la horrible realidad de su asunto. Uno de sus héroes Faringhea, antes de existir en la célebre y popular obra que acabamos de citar, había vivido en las cárceles de la Compañía donde se lamentaba con un magistrado inglés de no haber cometido mas que 779 asesinatos por haber estado preso doce años. Lord Bentinck, que concluyó para honra suya y de su patria con el suicidio de las viudas, persiguió sin descanso a los *thugs*, que casi han desaparecido. En 1857 habian caído bajo la jurisdicción de los tribunales 5,266, de los cuales fueron ahorcados 412 y deportados a Penang 1,039: el resto sufrió la condena en el Indostan ó entró al servicio de la policía británica.

A los *tungs* siguen en orden de ferocidad los *datoreas* ó envenenadores, que no pertenecen a religión ó casta determinada, sino que se reclutan en todas, salen a los caminos, acompañan a los transeúntes prodigándoles atenciones y cuidados, y aprovechan la primera ocasión favorable para echar en su comida el veneno de que han tomado el nombre. Luego vienen los *dacoits* ó incendiarios, que reunidos en bandas con el rostro cubierto ó ennegrecido, atacan de noche las casas de campo, someten a los dueños a tormentos terribles y se apoderan del dinero y las alhajas, prendiendo en seguida fuego al edificio. En solos cuatro años han sido juzgados y sentenciados 14,168 de estos bandidos. Por último, la lista de los delitos comunes, como homicidios, perjuros, robos, falsos testimonios, etc., es extremadamente larga, a pesar de que no figura en ella una vigésima parte de los que se cometen, por la ineficacia de la acción administrativa, reducida al círculo de las grandes poblaciones.

Los medios de represión que están en uso son la pena de muerte, la de trabajos públicos, la de prisión suelta en los establecimientos penitenciarios de la Compañía y la deportación, que es el castigo mas depresivo para el indio, porque el viaje por mar lleva consigo la pérdida de la casta. Tan temida es allí la deshonra, que ha habido muchos suicidios por librar a una mujer de la esposición pública, con que los agentes de la administración la amenazaban abusivamente para descubrir cualquier secreto, que en la tenacidad é insensibilidad física de los indígenas suele resistirse al palo y a las moxas. Los medios preventivos no corresponden a las exigencias de un gobierno vigilante y severo, ya por el abandono con que la moralidad pública se ha mirado, ya por la dificultad de ejercerse con fruto en estensas comarcas cortadas por montañas y torrentes, en naciones que no dependen directamente de la Compañía y cerca de las cuales es necesario entablar relaciones diplomáticas, en tribus preocupadas, ignorantes y falaces, y todo esto con un reducido personal de agentes europeos y con un suplemento de funcionarios indígenas, concusionarios, inmorales y falsos. No es esto decir que la protección acordada recientemente a la enseñanza europea, las comunicaciones abiertas, la energía de algunas autoridades y la represión de envejecidos abusos hayan sido estériles, pero el nuevo método no ha podido desarrollarse por falta de tiempo y por la oposición que le hacen los rutinarios bajo pretexto de que lastima las creencias nativas y la independencia del sentimiento religioso. El gobierno no ha impedido ni impedirá probablemente nunca que el mahometano respete el Corán y el indio los Vedas, ni obligará a éste a suprimir del catálogo de sus divinidades a la misma diosa del cólera-morbo ni de los objetos de su culto, al murciélago y al mono. Mas entre esta tolerancia y la de la hoguera, la del lazo del estrangulador, la del infanticidio, la de las repugnantes mutilaciones, la del error sistemático y la de la canonización de las castas; entre aquella tolerancia y la salvaje costumbre que abandona a los enfermos y crea hospitales para los perros enfermos, que espone al viajero a ser lapidado, si mata una alimaña divinizada, que santifica el puñal del brahmina que se abate en el templo sobre sus inofensivos acólitos, porque supone que Siva ó Vishnú se lo han mandado; entre aquella tolerancia, repetimos, mientras el acto no traspasa los límites del ridículo, y esta condescendencia que sería una complicidad manifiesta, hay una distancia inmensa que no salvaría sin deshonrarse una potencia civilizada.

A una sociedad que descansa en principios como este «un brahmina aunque malo merece respeto, y no merece respeto un

»sudra virtuoso», no debe abandonársela a sí propia, digan lo que quieran los hombres del negocio. La educación, la prensa, la predicación, la verdad y el ejemplo, son los elementos morales llamados a cambiar el aspecto de la India además de los adelantos materiales. Quitárselos a la administración, vale tanto como renunciar al progreso sacrificando al interés del momento el interés del porvenir y el deber mas sagrado para un pueblo culto, el único que puede justificar las conquistas en la época que alcanzamos. Para ello es indispensable reformar por sus cimientos el edificio social de la India, atacando la casta, obstáculo perenne que se alzarán siempre entre la civilización occidental y oriental, espíritu de rebelión que la llama el general Napier. La casta es la perpetuidad del error y del envilecimiento, oponiendo una resistencia invencible a las luces y a la dignidad humana; es la vinculación del poder tiránico en una clase y la vinculación de la ignorancia en las restantes; es, en fin, la negación del derecho, de la razón y de la justicia.

Muchas preocupaciones destruirán el comercio y el contacto con los europeos, pero no se pierda de vista que el indio tiene cubiertas sus necesidades físicas con un puñado de arroz, dos varas de tela de algodón y una frágil cabaña; que el desideratum de la clase mas numerosa, que es la de los sudras, consiste en servir de criados a un brahmina para ganar así una categoría superior en su primera metamorfosis, y que las condiciones actuales de la propiedad son tan contrarias a la dominación inglesa, que deja todas las ventajas a la aristocracia, que representa la opresión y el instinto de la independencia, y todas las miserias a las clases inferiores, que podían constituir la fuerza de la Inglaterra contra las intrigas mahometanas y brahmánicas a poca protección que se las dispensase.

El sacerdote es hoy todavía el autócrata de la India, y su triple cordon infunde mas temor que el sable de los agentes oficiales. El gobierno no ha atacado ese influjo, y por una imprudencia incomprensible, que tiene algo de fatalidad, ha ido a reclutar su ejército entre las castas donde menos simpatías cuenta, poniendo a su alcance la organización militar, la disciplina y los recursos de guerra, que una conjura silenciosamente urdida ha vuelto en un instante contra su existencia en medio de la inercia de la inmensa mayoría de la población que permanece hasta ahora estraña a la contienda. Si por fortuna la vence, como parece seguro, es de esperar que, recordando de dónde la ha venido el golpe, varie las instituciones sociales en beneficio de las clases oprimidas y entre con franqueza y resolución en otras vías distintas de las que hasta aquí ha seguido, y cuyo resultado indeclinable habia de ser, como efectivamente ha sido, una insurrección general de las tropas cipayas que pone en peligro una posesión a tanta costa comprada y demuestra de una manera irrefutable los defectos radicales del sistema político y administrativo de la Compañía.

AUGUSTO ULLOA.

Llamamos la atención de nuestros lectores, y asimismo de los diarios políticos de España, sobre la correspondencia de Lima que publicamos en otro lugar, y que como allí mismo se advierte, dejó de insertarse por una equivocación inevitable en el número 13 de LA AMÉRICA.

Nuestro corresponsal en la capital de la República peruana es una persona de elevadísima posición y muy al corriente de todos los sucesos de aquel Estado, por consiguiente merece notarse la interesante noticia que nos envía, del intento del general Castilla, actual presidente del Perú, para reanudar las interrumpidas negociaciones sobre el reconocimiento de aquella República por parte de España.

Sabido es cuánto interesa que se estrechen los vínculos de nuestra nacionalidad con los de las nacionalidades americanas, ya bajo el punto de vista mercantil, ya teniendo en cuenta consideraciones mas elevadas de raza, de idioma y de tradiciones; y no podemos comprender por ello el abandono en que se encuentran estas negociaciones de mútua conveniencia.

Hoy nos contentamos con llamar la atención sobre la carta de nuestro corresponsal de Lima; otro día, tal vez en el número próximo, trataremos esta cuestión especial con el detenimiento que exige y con la extensión concienzuda a que aspiramos en todas nuestras tareas.

Se ha admitido la dimisión que ha hecho del cargo de ministro plenipotenciario de S. M. en Viena, el Sr. D. Manuel Bermúdez de Castro.

Se cree que el Sr. Ayllon, ministro plenipotenciario de España en Portugal, volverá a Viena.

El Sr. D. Juan de Sandoval, secretario primero de la legación de España en Lisboa, ha reemplazado al Sr. Conte en la plaza que este ha dejado vacante en Nápoles por su venida al ministerio de Estado. El señor Magallon, secretario que era en los Estados Unidos, pasa a la secretaría de Portugal, y los Sres. Maruaga y Moreno van de secretarios primero y segundo a nuestra legación en Washington. El Sr. Maruaga ha salido ya para su destino.

Ha sido nombrado ministro residente de S. M. en Chile el Sr. Bourman, uno de los diplomáticos españoles encargados de arreglar la cuestión de límites con Portugal.

El señor Bourman, que tan dignamente nos representó como Encargado de Negocios en el Ecuador, y como ministro residente en el Haya, es un antiguo y celoso diplomático, cuya caballerosidad é inteligencia le han conquistado las mas tiernas simpatías en los países que ha recorrido. Nosotros nos felicitamos, y felicitamos tambien al señor Pidal por tan acertado nombramiento, y esperamos que el gobierno de Chile corresponda a nuestras reiteradas deferencias nombrando quien le represente en España. No se comprende que un país tan bien administrado, y que cuenta con un sobrante de 6 millones de duros, carezca por razon de economía de un agente diplomático en la antigua madre patria, donde tantos intereses tiene que promover y fomentar.

El señor Bourman se embarcará para Chile por la vía de Inglaterra en el próximo mes.

El bey de Túnez ha tomado la iniciativa en reformas cuya importancia puede apreciarse por la sola anuncio que nos ha transmitido el despacho telegráfico. Es un paso que se ha dado en la vía de la civilización que redundará en provecho de los habitantes de la Régencia y de los europeos que están en relaciones con aquel país.

Las disposiciones que ha promulgado el bey son las siguientes: «Establecimiento de tribunales criminales y de tribunales de comercio mixto;

Libertad completa de comercio, libertad de industria, derecho de propiedad, respeto de las personas y de las propiedades;

Igualdad ante la ley, igualdad del impuesto, alistamiento y limite del tiempo de servicio, libertad de cultos, etc.»

El gobierno ha prorrogado la libre importación de cereales en la Península hasta junio de 1858.

Por los sueltos, WALDO JIMENEZ ROMERA.

De la decadencia del arte.

El arte está hoy en decadencia. No tiene símbolo ni ritmo propios. La arquitectura admira las bellas páginas del renacimiento; y las reproduce en sus obras; la pintura vuelve los ojos á la escuela místico-purista de la edad media y la remeda hasta en la forma; la escultura corre á inspirarse bajo el cielo de la antigua Grecia; la poesía abjura sus tradiciones románticas por las de una época cuyas ideas y sentimientos no constituyen hoy la vida del espíritu.

Nos separan de ayer revoluciones sangrientas, y se afanan las artes por evocar de ruinosos sepulcros la sombra de héroes, ya para nosotros verdaderos mitos; vacilan al soplo de la filosofía nuestras creencias, y dejan las artes la tierra por el firmamento, sosteniendo que son y deben ser la expresión del sentimiento religioso. Viven así una vida prestada, hablan en un lenguaje que nadie comprende, no aciertan á dar alma á sus figuras, son puramente formalistas.

Nuestro siglo tiene, sin embargo, una fisonomía propia. Ha desconocido á su Dios y le busca á la luz de la razón y la conciencia entre las miríadas de mundos que flotan en el inmenso océano de la vida; sienten que se estreman bajo las plantas de los pueblos las bases en que durante siglos estuvieron constituidos, é interrogando con afán á la ciencia por los destinos del hombre, estudia en medio de la agitación y la anarquía la solución de formidables problemas; ve nuestra actividad limitada por las fuerzas de la materia, y trabaja sin tregua por encadenarlas y ponerlas al servicio de la especie humana. Coronan su frente las sombras de la duda, surgen en su corazón en la melancolía los males que afligen la sociedad y la han ganado desde el calcañar á la raíz de los cabellos; le exasperan y precipitan los innumerables obstáculos de que está erizado el camino de su progreso. Lleva en una mano la tea y la espada, en otra el compás y la escuadra; edifica sobre ruinas, y mas que sienta desplomarse sobre su cabeza el nuevo monumento, no reniega de la ciencia, ni fija en lo pasado su esperanza. No se detiene mas ante la tiranía que ante los ríos, las cordilleras y los mares; abre paso á su pensamiento al través de los ejércitos, como al de las entrañas de los montes y las aguas del océano.

Reproducir en el lenguaje del sentimiento las dudas, las amarguras, los vaivenes y el temerario arrojo de este siglo, no sería, á buen seguro, empresa indigna del arte. La ciencia tiene como la fé su poesía, la lucha del hombre con la naturaleza es algo mas grande que las guerras de Troya; los héroes de la revolución y del trabajo no lo son menos que los que fueron á rescatar las piedras de un sepulcro ó vertieron su sangre por su patria; el mar de las pasiones es hoy bastante proceloso para que se inspire el poeta en sus orillas y arranque acentos sublimes á las cuerdas de su lira. Byron se ha hecho eco de su siglo y es el primer poeta de Inglaterra; Balzac ha removido el fondo de la sociedad y es el primer novelista de la Francia; Espronceda ha reflejado en sus cantos el espíritu de los pueblos modernos y es hoy el primer poeta de España.

Mas para ser un Byron, un Goethe, un Balzac, un Beranger, un Espronceda, un Larra, es preciso vivir la vida del siglo: asistir á nuestros espectáculos, á nuestras fiestas, á nuestros sangrientos combates; apurar la copa del placer en casa del opulento y recoger los suspiros que se exhalan de la buhardilla del obrero y la cabaña del pobre; ver por sus propios ojos los milagrosos triunfos del trabajo, el hierro bajando en torrentes de lo alto de una fragua y amoldándose á los caprichos del hombre, la materia elaborando la materia á la acción del vapor y el agua, los ríos aprisionados en estrechos cauces, los montes taladrados, el espacio devorado por la locomotora y el telégrafo, la naturaleza reproduciéndose en el fondo de una cámara oscura; seguir en su magestuosa marcha la ciencia que, después de haber visto en el hombre la fuente de toda certidumbre y todo derecho, ha reconstituido por el pensamiento el mundo, y descubriendo mas tarde una identidad completa entre Dios, la materia y el espíritu, ha explicado por el desarrollo inmanente de una idea primitiva la creación de todos los seres, la razón de todos los fenómenos, el principio de todas nuestras contradicciones, y el perpétuo movimiento de todas nuestras leyes; sentir por fin la naturaleza como la sienta el hombre de hoy, reconociendo siempre en lo temporal lo eterno, en lo comensurable lo inconmensurable, en lo finito lo infinito, buscando siempre la idea en el hecho, la vida universal en la del individuo, el hálito de Dios lo mismo en la pequeña brizna de yerba que, agitada por las auras de la tarde, besa las aguas del arroyo que en la misteriosa soledad de los bosques y en los abismos de los mares.

¿Sienten, ni conocen, ni obran así nuestros artistas? Un mal entendido orgullo los aleja de la profana muchedumbre; una mala inteligencia de su misión sobre la tierra les hace cerrar los ojos al ¡ay! que arrancan de las sociedades modernas hondos sufrimientos, una preocupación indigna del hombre les presenta la ciencia y la industria reñidas con el sentimiento estético. Etranjeros en su misma patria, no aciertan á ver la poesía que brota del fondo de nuestros dolores y de nuestras luchas; y se atreven á pasar sobre el sepulcro de nuestros corazones y la tumba de nuestros héroes coronadas las siénes de flores y cantando dioses que derribó de sus aras la espada de los pueblos. El cristianismo vive en el fondo de todas nuestras instituciones y leyes; pero regenerado, mas social que religioso: le pintan como los artistas de otros siglos sin comprender siquiera las evoluciones por que ha llegado hasta nosotros, ni saber reflejar en sus obras el pensamiento que hoy le fecunda y le transforma. Vuelven algunos sus miradas á los pintores alemanes; y hé aquí, dicen, los verdaderos sacerdotes del arte: viven en el cielo, en el cielo se inspiran, del cielo bajan á la tierra las ya dulces ya sublimes figuras de sus cuadros. No conocen que si aquellos pintores arrancan aun hoy entusiasmas aplausos de los pueblos, es precisamente porque reproducen el cristianismo en la última de sus fases, el cristianismo de su siglo.

La vida universal considerada en su esencia, es siempre la misma, las ideas son todas eternas; mas aquella tiene sus accidentes, entre estas prevalecen hoy unas, mañana otras, y cambian de un siglo para otro el aspecto de las sociedades y la faz de los sucesos. Política, industria, ciencia, religión todo se trasfigura bajo la influencia de cada idea que llega á predominar sobre las demás é imponerse á la conciencia de la especie humana. Si el arte se empeña en prescindir de esas transformaciones y en dejar lo accidental por lo absoluto, ¿qué podrá ser mas que una eterna y monótona reproducción de sí misma? Por este camino no va el arte sino á su propia negación, á su muerte. Reflejar lo absoluto en lo accidental, es para ella no ya un deber, sino una razón de existencia; aspirar á sumirse en lo absoluto, es querer vivir en la tierra sin participar del movimiento de la tierra.

No, el arte no tiene ni ha tenido jamás una esfera de acción tan limitada. Toda sensación, toda impresión, toda idea pueden ser en nosotros sentimiento; y el arte no es mas que la traducción del sentimiento por medio del símbolo y el ritmo. No solo el mundo, nuevos y desconocidos mundos constituyen la esfera de acción del arte. Dios, la materia, el espíritu son la trinidad indivisible y eterna: que se sienta el espíritu, que la materia, que á Dios, se es siempre artista, si se posee un lenguaje en que expresar el sentimiento. ¿Quién ha de sentir naturalmente mas esa trinidad indivisible? ¿el que se aísla de la especie ó el que vive en ella, el que sigue paso á paso la ciencia ó se encierra en la fé de sus mayores, el que ve en la naturaleza la determinación de Dios ó el que la considera independientemente de Dios mismo? Nuestro sentimiento como nuestra idea, como todo nuestro ser, necesita de la vida de relación para su desarrollo: nuestra vida interior no es mas que esa vida de relación misma. ¿Y nos hemos de empeñar en aislarnos para ser artistas?

Acaba de morir en Francia un hombre saludado como uno de los mejores poetas por todas las naciones de Europa. ¿Quién era ese poeta? Un cancionero que en tan humildes como sentidos versos ha maldecido todas las tiranías, saludado toda idea, respondido como un eco á todos los ayes y á todos los alaridos de júbilo del pueblo. Ha vivido identificado con ese pueblo mismo; y mártir con él ha gemido bajo los tristes muros de una cárcel; vencedor con él ha tomado asiento en el festín de todas las batallas. Hé aquí por qué ha sido un gran poeta: hé aquí por qué ha sabido inspirar los mas sublimes sentimientos, cantar en toda su grandeza las revoluciones de su época, predecir los futuros triunfos de la humanidad, abarcar de una ojeada hasta los mas elevados conceptos de una filosofía cuyas doctrinas miraba con cierto desden por lo sutiles y profundas. Todas las ideas que en un momento dado de la historia aparecen y logran herir la frente de los pueblos, constituyen, por decirlo así, la atmósfera moral de nuestra especie: basta vivir la vida de la especie para respirarlas. Sin conocer la filosofía se es filósofo, se siente lo mismo que no llega á comprenderse. En ninguna nación de Europa está encarnado el epicureísmo como en Francia: Beranger era en las mas de sus canciones epicúreo; mas en no pocas espiritualista y aun idealista.

Byron, que es hoy la gloria de la Inglaterra, participó aun mas del movimiento de su siglo. No es ya Byron el poeta de un pueblo sino el de todos los pueblos. Recoje los acentos de libertad de toda la tierra; y cuando ve á su patria sorda á esos acentos, maldice sin vacilar su patria. Busca en España los campos de Bailén y Talavera y canta poseído de un santo entusiasmo sobre el sepulcro de los que allí combatieron y murieron; oye el primer grito de la Grecia contra los turcos y corre á ofrecer á la humillada Grecia su espada y su corazón de poeta. Pretende despertar la Italia á fuerza de hacerla sentir su esclavitud y evocarle grandiosos recuerdos, impreca elocuentemente á Portugal que se ha dejado sojuzgar por los pérfidos amaños de Inglaterra. Ama, como su época, la libertad y la gloria: ¿qué importa que luego, sondeando mas el corazón del hombre, descubra y revele, hasta en los mas nobles sentimientos, el oculto móvil del egoísmo? Era escéptico como su siglo y llevaba á lo mas sagrado la ironía y el sarcasmo; mas revelaba en esa misma ironía y ese sarcasmo su indignación contra el lamentable estado de las ideas de su tiempo. La Alemania durante la vida de Byron era todavía una flor recogida en su seno, cuyos perfumes no trascendían á las demás naciones: Byron vio las tinieblas, no la luz; la descomposición moral de las sociedades, no sus principios de recomposición, y no acertó á salir nunca del escéptico puro. Y como el hombre que arrojado por el mar á una desierta playa, á fuerza de esperar un buque salvador, pierde la esperanza y no halla en el fondo de su alma sino tristes y amargos pensamientos; viendo Byron que no aparecía nunca en su horizonte la luz de la nueva ciencia, no pudo dar á sus expansiones sino ese tinte sombrío y melancólico que aparece al través de sus mas irónicos y desconsoladores versos. No sin razón es hoy uno de los poetas mas leídos y admirados; ha reproducido fielmente, si no las esperanzas, las dudas, la negación, el padecimiento moral de nuestro siglo.

Goethe, otro de los poetas de la edad moderna, no ha vivido tampoco aislado de su especie. Floreció en medio de una gran revolución filosófica, la mas grande quizás después de la que tuvo lugar en los buenos tiempos de Grecia; y reflejó en sus cantos todo este movimiento. Fue poeta y filósofo: dejó profundamente marcada su huella lo mismo en la historia de la filosofía que en la de la literatura. Abrazó uno de los primeros la idea del arte por el arte, y escribió numerosas composiciones sin realidad objetiva; mas en sus obras capitales, su *Werther* y su *Fausto*, no solo permaneció fiel á su siglo, sino que hizo la epopeya de su siglo. Se presentó tambien escéptico, pero no ya como el poeta de la Gran Bretaña. Al través de su escéptico dejó vislumbrar siempre la esperanza; y si hizo que la razón, creyendo estériles las elucubraciones de la ciencia, abdicase en Fausto su soberanía, hizo tambien que, extraviada por los tortuosos

senderos de la magia, se replegase sobre sí misma y se elevase de nuevo á la idea de lo absoluto. Pintó devorado por la incertidumbre á Werther; mas le llevó por una serie de tormentos al suicidio desde el punto en que, caído el velo de la pasión entre la naturaleza y el alma de su héroe, le supuso destituido del sentimiento de lo infinito. En Byron era el escéptico el fin; en Goethe un medio; y eran ambos poetas con todo la expresión genuina del estado general de las ideas de su época en que la humanidad dudaba y empezaba á sentir en algunos puntos la necesidad de desvanecer la duda.

No solo Goethe, el mismo Schiller, respondió como un eco á las ideas y á los sentimientos de su siglo. Los argumentos de sus dramas son todos históricos; pero todos traducción fiel del pensamiento revolucionario que tenia á la sazón enardecidos los espíritus, y á la Francia en lucha con sus reyes. Sus *Bandidos* no son mas que el grito de un alma herida por el espectáculo de pueblos que sufren bajo la acción de leyes tiránicas y absurdas; su *Conjuración de Fieschi*, la democracia protestando contra la fuerza de las antiguas dinastías y la de los modernos Césares; su *Guillermo Tell* el fuego de la libertad reanimado por el soplo de la tiranía, el hombre vengando la sociedad ultrajada, la virtud clavando un dardo de muerte en el corazón del vicio; su *Intriga y amor* el insolente orgullo de las familias aristocráticas, abatido por la dignidad y la ardiente pasión de una mujer plebeya; su *Príncipe de Wallenstein* el poder de los reyes oscilando sobre las lanzas de sus ambiciosos soldados. Su *D. Carlos* es quizás el único drama notable en cuyo argumento no podía venir reproducida su época. Schiller, sin embargo, creía de tanto interés reproducirla, que introdujo en él la ideal y entusiasta figura del marqués de Posa, para oponer á la idea de Felipe II la de Lutero, la de Jurieu, la de Rousseau, la del protestantismo religioso y político.

Schiller como Goethe, no solo vivieron con su época y tomaron por musa el espíritu de la generación á que pertenecían; se opusieron con toda su energía al romanticismo de los Schlegel que, profesando el principio de que el genio debe permanecer extraño al mundo presente, le condenaron á vivir en las tinieblas de la historia, en las regiones fantásticas de la leyenda y en la esfera de un vano idealismo.

Prevalecieron desgraciadamente las doctrinas de los Schlegel sobre las de Goethe y Schiller; y esta es á nuestro modo de ver la mas importante causa de la gran desviación sufrida por el arte en nuestro siglo. Trascendieron aquellas doctrinas á Francia, á Italia, á España; y los artistas de estas naciones, que permanecían aun dentro del círculo religioso, tuvieron una razón mas para seguir en su fatal camino. No hizo el romanticismo en todos estos países sino romper los antiguos moldes del pensamiento poético y sustituir el purismo al barroquismo, es decir, cambiar la forma de la literatura y del arte. En Schiller y Goethe era no obstante el romanticismo una revolución completa, la identificación de la humanidad y el hombre artista, la transformación simultánea del símbolo y el ritmo. Si hubiese logrado bajar al Mediodía de Europa antes que el de los Schlegel, ni las artes plásticas hubieran de seguro abandonado en España la senda abierta por Goya, ni la poesía la trazada por Espronceda y Larra.

No se implantó en el medio de la Europa sino el de los Schlegel, y siguió el arte en su antiguo misticismo, fue la evolución romántica entre nosotros poco menos que estéril. No dejaban de ser conocidas tanto en España como en Francia las obras de Schiller y Goethe; mas no se las apreciaba sino bajo el aspecto formal, y se las llegaba á creer inspiradas por el mismo espíritu de los Schlegel.

Hubo en nuestro país una lamentable confusión de ideas durante el período romántico: todo lo que se separaba de las formas clásicas era considerado como hijo de una misma escuela, y mediaban abismos entre el arte de la edad media y la del siglo XVI, entre la del siglo XVIII y la del siglo XIX. Produjo esta confusión sus buenos resultados, pues gracias á ella, hemos tenido en Francia como en España hombres que han seguido las tradiciones del verdadero romanticismo; mas las ha producido deplorables pervirtiendo genios como los de Lamartine y Victor Hugo, llevando por el peor sendero á poetas como Zorrilla, conteniendo el vuelo de la pintura y la escultura dentro de la estrecha periferia trazada por Cimabue y Giotto, matando la originalidad y la filosofía de la arquitectura y aprisionándola en las tan bellas como inconexas é ilógicas formas del estilo del renacimiento.

¿Qué tenían, no obstante, de verdaderas las doctrinas de los Schlegel para que pudiesen ejercer tan grande influencia sobre la marcha del arte en Europa? ¿Qué viene á ser un idealismo que no responde á nada real mas de lo que sería, á poder existir, una sombra sin cuerpo? Todo hecho es la realización de una idea: ¿en qué podían fundarse los Schlegel para sostener que el arte se degradaba bajando á la vida real y presente? El arte, decían, lo ha de poner todo por sí, esto es, ha de crear su mismo objeto; mas admitido el principio de que el mundo no es mas que una esteroidización del yo, principio que ellos profesaban, los fenómenos de la vida presente, ¿podían ni debían dejar de ser producidos por el arte?

¿Qué tenían, por otra parte, de mas ideal los hechos de la historia de ayer sobre los de la historia contemporánea? Aun dentro del círculo religioso es evidente que el arte habia de responder en su mas exagerado idealismo á una realidad histórica ó teológica, ¿qué podían querer significar los Schlegel cuando decían que el arte habia de crear su propio objeto?

Schelling quiso tambien elevar el arte sobre la vida real; mas supo imprimirla por lo menos una sola tendencia, y esta determinarla en virtud del principio de su sistema filosófico. El sugeto y el objeto, decía Schelling, son idénticos; lo ideal y lo real, lo finito y lo infinito, que se presentan en abierta oposición cuando comparamos el mundo moral con el de los sentidos, se refunden en una unidad superior en que desaparece toda diferencia y queda establecida la armonía. No se manifiesta esta unidad ni

en la naturaleza ni en la filosofía, pero sí en el arte. La busca esta sin tregua y es siempre el acuerdo de la fati- y la libertad, de la materia y el espíritu, de la vida y la muerte. Y pues este acuerdo no es posible sino en el seno de Dios, es decir, de lo absoluto, el arte es religión, el arte es esencialmente religiosa.

Obsérvese desde luego que en Schelling los límites del arte son mucho menos estrechos que en los Schlegel y están por otra parte mucho más circunscritos. La palabra religión tiene en Schelling un sentido latísimo como en todos los filósofos panteístas. Todos los seres son, según él, ideas de Dios que han perdido algo de sí al hacerse sensibles; el acuerdo de lo finito é infinito existe donde quiera que el ser está en perfecta conformidad con la idea. Toda idea puede, por consiguiente, ser materia de religión, asunto y objeto de arte. Depurarla es reconstituirla en toda su belleza, hacerla artista; reconocer en ella lo absoluto, hacerla eminentemente religiosa. El universo todo es del dominio de las artes. Cierta que este ilustre filósofo asigna como principal objeto de la actividad artística la naturaleza humana; mas conviene tener presente que el hombre en su sistema, como en el de sus predecesores, sobre ser la más alta realización de la Omnipotencia creadora, contiene virtualmente todas las ideas y es la conciencia de Dios mismo.

Schelling en último resultado, no hace más que elevar el arte á un idealismo más objetivo que subjetivo; idealismo que no le obliga como el de los Schlegel á dejar lo presente por lo pasado, ni á perderse en las fantásticas regiones del cuento y la leyenda; idealismo que admitiríamos para el arte si no estuviésemos intimamente convencidos de que lejos aun la humanidad del suspirado término en que ha de ver resueltas todas sus contradicciones y terminadas sus sangrientas luchas, el artista, miembro de la humanidad, es difícilísimo que se haga superior á las leyes de su espíritu y realice una ecuación que no acierta á concebir aun la especie á pesar de sus inauditos esfuerzos por llegar á conocerla. El idealismo de Schelling lleva aun el arte á la reproducción del arte, y le hace la expresión exclusiva del sentimiento cristiano. Es otra su tendencia, pero esta y no más que esta su realización posible.

Se vuelve los ojos á la edad media, y ved allí el arte, se esclama, sin salir nunca del círculo religioso: está siempre en el cielo, casi nunca en la tierra. Mas se ignora acaso el abismo que hay entre la edad media y la moderna? Dentro del círculo religioso estaban entonces, no solo el arte, sino la filosofía y la política. El sentimiento religioso predominaba en realidad sobre los demás sentimientos. Las artes dependían todas de la arquitectura, expresión la más elevada de aquel sentimiento. Ni tenían otro asilo que la Iglesia ni otro protector que el sacerdocio. Las ideas todas no encontraban en qué encarnarse como no fuese en esos libros de piedra llamados monumentos, cuyos caracteres eran símbolos trazados por la mano de la pintura y la escultura. ¿Cómo había de romper el arte límites que le imponían la necesidad y eran para él condiciones de vida?

No hay para qué probar si hoy son sus condiciones las mismas. Cada arte tiene una vida propia, el sentimiento político prevalece sobre el religioso. La ciencia y la religión militan en distintos campos. Lo que era entonces natural en el arte es hoy difícil, lo que ayer era para ella un motivo de progreso hoy no puede menos de serlo de decadencia y ruina.

El arte, después de todo, es aun para los filósofos que hemos combatido la traducción del sentimiento. Si abraza la ciencia, es la ciencia sentida, no la pensada, porque de otro modo sería la ciencia misma. ¿Se puede llegar á concebir que el artista sea tal tomando por materia de arte lo que no sea para él materia de sentimiento? Hé aquí por qué condenamos la marcha actual de la pintura, la escultura, la arquitectura, la poesía: hé aquí por qué hace seis años venimos esforzándonos en reconciliarlas con el siglo. No rechazamos en ellas el idealismo, mas queremos el idealismo hoy posible; no queremos que por aspirar á un idealismo, hoy quimérico, pierdan su espontaneidad y carácter. Todo lo real es ideal: queremos, no que el arte prescinda de lo real para llegar al idealismo, sino que vaya y llegue al idealismo por medio de la realidad que más directamente pueda conmover los espíritus y agitar los corazones. La ciencia dirige los pasos de la humanidad por la senda de sus destinos; la misión del arte consiste para nosotros en mantener vivo el sentimiento de estos destinos mismos.

FRANCISCO PI Y MARGALL.

Manual del Especulador en la Bolsa por P. J. Proudhon.

(ARTÍCULO II.)

Introducción: de las diferentes formas de la producción y en particular de la especulación. (1)

Bajo cuatro fórmulas generales pueden clasificarse, según Proudhon, las diferentes maneras que la actividad humana emplea para producir la riqueza, á saber:—1.ª El trabajo que es la forma ó hecchura que el hombre con sus manos da á la materia.—2.ª El capital, ó fruto acumulado del trabajo.—3.ª El comercio, ó sea el trasporte y circulación de mercancías y capitales.—4.ª En fin, la especulación que domina al trabajo, al capital y al comercio.—¿Y qué cosa es la especulación?—La concepción intelectual de los diversos procedimientos, en virtud de los cuales pueden el capital, el trabajo y el comercio mismos intervenir en la producción. Ella es la que, por decirlo así, descubre los filones de la riqueza, la que inventa los más económicos medios de procurársela, la que la multiplica ya con la novedad de la hecchura, ya por medio de combinaciones de crédito, circulación ó permuta, sea creando necesidades nuevas, sea diseminando las fortunas ó haciéndolas variar de manos.—En resumen y si comprendemos bien la precedente definición, pudiéramos resumirla diciendo que la especulación es la parte intelectual de la producción de la riqueza; la llama celeste que anima y dirige el cuerpo productor; y el especulador, como Prometeo, el que robándole al cielo aquel fuego, convierte al autómeta industrial en ser viviente. La especulación, pues, en sí misma no solo no es cen-

surable, sino por el contrario digna de profundo respeto y alta consideración, pues sin su inspiración sería el hombre en industria lo que el pájaro que sabe por instinto construir su nido y de ahí no pasa; lo que el pastor que hoy es tan buen natural arquitecto como el día de su creación, pero ni desde entonces dió paso adelante, ni lo dará hasta la consumación de los siglos. Fijémonos en esto: siempre que del hombre se trata, sea la que fuere la cuestión, la ley del progreso aparece inmediata y evidentemente; y como es natural también, siempre nos encontramos con la inteligencia, el libre albedrío, y la posibilidad del abuso y del mal uso que son á la libertad consiguientes. Así la especulación, no solo por ser esencialmente aleatoria, ó lo que es lo mismo, en sus resultados contingente, como todo lo que de la falible previsión humana procede, sino además como sujeta á la voluntad y por tanto á las pasiones buenas y malas, es en primer lugar capaz de errores ruinosos, y en segundo de fraudes y decepciones sin término. Bajo el punto de vista puramente económico, bástale á una especulación ser real y efectiva, esto es, útil ó beneficiosa en términos de racional probabilidad, no versar en resumen sobre una quimera para ser reputada legítima y buena; pero la razón, y de acuerdo con ella nuestro autor, exigen que además reúna condiciones de moralidad de que no tardaremos en ocuparnos como merecen. Así considerada la especulación, es decir, en sus condiciones de utilidad y moralidad reunidas, convenimos con Proudhon en llamarla. «El genio de los descubrimientos, que inventa, innova, que provee y resuelve; y que á ejemplo del espíritu infinito, crea todas las cosas de la nada. Ella imagina, concibe, razona, define, organiza, manda y legisla: el trabajo, el capital y el comercio ejecutan. Ella es la soberana que camina: ellos los esclavos que la siguen.»

Quiere el autor, generalizando y aun poetizando el asunto, que sea tal y tan universal la acción de la especulación, tan estensos sus límites, que la política misma quede dentro de ella comprendida: no somos de su parecer en esto, ni mucho menos. La analogía y la identidad son diferentes cosas, y no porque las lenguas no estén aun bastante definidas para que cada idea abstracta tenga su signo especial en una palabra, hemos de dejarnos ir á confundir así lo que por su razón está completamente separado. Todo lo relativo al orden económico, que es lo que constituye el verdadero dominio de la especulación, es sin duda un elemento importante en la ciencia política, pronto estamos á confesarlo: mas por lo mismo que admitimos cuanto á la producción de la riqueza se refiere como un elemento, claro está que no podemos menos de rechazarlo como dato esclusivo, como carácter dominante de la política. Que esta, cuyo objeto no debe ser otro que el bienestar del cuerpo social, bienestar en que la moralidad es condición forzosa; que la política, decimos, tiene de analogía con la especulación, en primer lugar el carácter aleatorio, y en segundo el fin de la utilidad es indudable. Pero las contingencias de la política nada tienen de común en su origen con las de la especulación, porque la utilidad que en la primera se busca, no debe ser como lo es en su mayor parte en la segunda, la del que especula, sino de la sociedad para cuyo beneficio son ó debían ser los sistemas de gobierno. Parécenos, pues, que es ir demasiado lejos el clasificar una y otra cosa juntamente, y protestamos contra la proposición del Manual, porque desdichadamente hay en estos tiempos propensión irreflexiva en unos, interesada en otros, y perjudicial en todos, á considerar la política, en efecto, como un género de especulación y no otra cosa. De ahí procede á que con desconfianza y desprecio la consideren varios, y también que no falte quien, tomando al pie de la letra las palabras, se diga: «Pues que de especular se trata, especulemos;» y especule, en efecto, en provecho propio y común daño. Debíamos protestar hasta contra la experiencia de tan peligrosa doctrina (que Proudhon abomina como nosotros): hemoslo hecho ya, y no podemos volver de nuevo al libro interesante que nos ocupa.—«Todas las cosas tienen su mal lado, toda institución sus abusos, no hay ventaja que inconvenientes no lleve consigo.—Verdad antigua, trivial, de las de Perogrullo, si se quiere; pero que es forzoso, sin embargo, repetir constantemente, porque los hombres, al juzgar de las cosas y de las instituciones, lejos de tomarlas en cuenta, ó cierran voluntariamente los ojos á lo malo, deslumbrados por las ilusiones del interés, ó condenan sin misericordia al menor vicio que echan de ver, sin tomarse la molestia de calcular ventajas que acaso esesivamente lo compensan.—Así como del trabajo procede la esclavitud, del crédito la usura; y del comercio los privilegios, los monopolios, la falsificación, los fraudes, etc.; la especulación tiene sus vicios, tanto más graves cuanto su origen es más puro, según aquello de corruptio optimi pessima.» Verdad es: de solos los ángeles podían hacerse los diablos; y por eso sin duda proceden del genio benéfico de la especulación «el parasitismo, la intriga, la estafa y la concusión, que devorando la riqueza pública, sustentan la crónica miseria del género humano.»—Para tales maldades sirve de pretexto y escudo una de las condiciones esenciales, sin embargo, en toda especulación, la aleatoria, la del riesgo que se corre inevitablemente en todo lo que es contingente. ¿Qué es la usura, en resumen?—El premio que en compensación, no solo de lo que pudiera ganar con su dinero el prestamista empleándolo directamente en el comercio, sino además del riesgo que corre en confiárselo á otro, exige por el préstamo. Y si no ¿por qué el banquero opulento encuentra dinero al 5 ó el 4 por 100 sobre su firma, y al pobre nadie le presta sobre prenda, sino á un interés enorme? Simplemente (al menos tal se dice) porque el banquero ofrece menos riesgo al prestamista que el deudor indigente. Ahora bien, la compensación del riesgo, el premio del peligro que el especulador corre en la especulación se llama genéricamente *agio*, y es el origen, pretexto y escudo, como decíamos, de todas las iniquidades de la especulación misma. Limitado y proporcional al riesgo efectivo, dice Proudhon, «el *agio* es legítimo: pero cuando se le busca por lo que él vale, con independencia de la producción especulativa, cuando se va, en fin, en pos del *agio* y no más que el *agio*, entonces entra este en la categoría de las apuestas y del juego,» por no decir de la estafa: entonces es inmoral y por tanto ilícito.—De tal modo entendida la especulación, redúcese al arte, siempre sujeto á quiebras sin embargo, de enriquecerse sin trabajo, sin capital, sin comercio, y sin genio; viene á ser «el secreto de apropiarse la riqueza pública ó la de los particulares, sin retribuir la con cosa alguna; es, en fin, el *cáncer de la producción, la peste de las sociedades y de los Estados.*»—Al considerar la enormidad de esa plaga, mil veces más temible que el cólera-morbo asiático, que al cabo si diezma la especie, no deja inficionados á los que á su rigor no sucumben; al tender la vista por el orbe y verle de polo á polo invadido por el espíritu de la mas desenfadada especulación; y considerando cuán inmensa debe de ser la parte del *agio* por el *agio*, como dice Proudhon, en el movimiento industrial, confesámoslo francamente, hay momentos en que nuestra fé vacila, y el demonio del retroceso viene á tentarnos, como el de la lascivia diz que hacerlo solía á los padres del yerno. ¿Qué progreso real esperar en efecto, de una sociedad en que el culto del Becerro de oro predomina, en que ser rico es condición indispensable para no ser miserable; en que ni el trabajo aprovecha, ni el ingenio es de importancia, ni el comercio basta; y en que no hay arbitrio entre vegetal pobre ó lanzarse á la inmoralidad del *agio*?—«No valian mas, murmura el tentador, la dichosa ignorancia y honrado atraso de las generaciones anteriores que este progreso diabólico en el lujo y en las invenciones, este afán anhelante de goces, esta sed insaciable de tesoros, que á todos aqueja y á ninguno de nosotros sa-

tisface?—Mira: el rico mismo hoy no atesora, su vida es una desesperada y continua lucha; jamás sabe lo que tiene, lo que ayer era oro mañana puede ser menos que barro. El vértigo de la especulación le domina, le arrastra, le ciega; y la moralidad para él no existe: ganar, ganar mas, ganar todavía, cuando ya no hay más que ganar; y que la honradez sea hollada poco importa, ni mucho tampoco incurrir en el crimen, con tal que la impunidad se asegure. Pues vuélvete á los que dicen que son clase media: su modesta medianía lejos de satisfacerles paréciese vergonzosa, y en vez de gozar en paz el fruto de largo trabajo, y daras economías, verásles arriesgar, sin mas garantía que algun falaz prospecto, todo lo que en años ahorraron, en un solo día. ¿Y para qué?—Para que en vez de las fabulosas ganancias que fueron cebo á su ininteligente codicia, venga pronto un desengaño que enriqueciendo al *agiotista*, los reduzca á ellos y á sus hijos á la miseria y á la desesperación. El suicidio es acaso el menor de los crímenes de que la especulación es madre en la clase media. Contempla, en fin, á los proletarios, y miralos degradados, desatendidos, ó estupidamente incultos, vivir y morir como brutos, y peor que los brutos domésticos tratados; ó si con alguna inteligencia, arrastrando su penosa vida entre la desesperación y el odio á los ricos. ¿Quién es feliz? ¿Qué bienes produce nuestro decantado progreso? Así habla, y no puede menos de hablar el espíritu de timblas que llamamos en la tierra la *reacción*; pero si consideramos solo los inconvenientes que él á su placer condensa y ennegrece, puede por instantes fascinarnos, puesto la razón, esa luz que al cielo debemos los humanos, disipa las ilusiones, trayéndonos á buen camino. Los abusos, en efecto, innegables, y los males que de ellos proceden merecen seria consideración por parte del moralista, del financiero y del político: mas no por eso deja de ser cierto que en conjunto hemos ganado, ganamos cada día, y ganaremos mas en lo sucesivo. La rapidez, facilidad y baratura de comunicaciones y trasportes, son, por ejemplo, ventajas positivas de incalculable trascendencia, que en pocos años han producido mejoras inmensas en el estado social. Hoy cuando el trabajo ó los viveres faltan en un punto determinado de la Europa, fácilmente puede el jornalero trasladarse á donde sus brazos le sustenten, pronto y sin gran dispendio, se trasporta el trigo al mercado de el desprovisto. Las contingencias, pues, de un año como el que en España llamamos del *hambre*, tienden á desaparecer por completo, y de hecho son ya muy poco probables. Pues bien, esa sola conquista en favor de la humanidad y de las clases pobres, nos basta á nosotros para ver cumplida la ley del progreso y aun para absolver de mas de una culpa á la especulación y al *agio*.

Por qué es el dolor condición forzosa de toda gran metamorfosis en lo físico como en lo moral, en lo singular como en lo colectivo, no lo sabemos: pero que lo es no admite duda. Con acerbos dolores se reproducen las especies animales; padece el cerebro en la adquisición y combinación de las ideas, y hasta la tierra brama desesperada en las grandes convulsiones que su faz varían. ¿Por qué al generalizarse el espíritu de la especulación vinculado antes en determinadas y reducidas clases, había de extimirse de esa ley general? ¿Por qué? Cada progreso importante ha costado á la humanidad esfuerzos colosales, luchas prolongadas, sacrificios enormes. Roma inundó de sangre el mundo antiguo para iniciarle en su propia incompleta civilización; á su vez los germanos convirtieron la Europa en un teatro de ruinas para prepararle las vías al cristianismo; y América no ha pagado escaso tributo de vidas y trastornos para incorporarse á nuestro hemisferio. Toda innovación destruye al aparecer, quebranta al desarrollarse, y cuenta una época dolorosa de transición antes de producir sus frutos. Sucédele hoy á la humanidad con la especulación lo que siempre á los esclavos con la libertad, que al recibirla ó conquistarla abusan de ella por falta de experiencia, y sobre todo, de educación para disfrutarla moderadamente. Esperemos que el tiempo, la experiencia y la educación moderen los abusos y corrijan las inmoralidades. Entretanto, señalar estas, no solo para estigmatizarlas como merecen, sino además, y muy principalmente, para quitarles la máscara á los *agiotistas* y prevenir á las mas incautas contra sus artificios, es hacer á la sociedad un señalado servicio.

Proudhon, con tal objeto sin duda, enumera minuciosamente mas de un ejemplo de inicas especulaciones; á nosotros los límites en que escribimos no nos permiten ir tan lejos en la materia. Contentarémolos, pues, con dar sucintamente alguna muestra de aquéllas infamias, escogiendo entre las citadas en el Manual de la Bolsa una ó dos de las mas notables.

Sea la primera la desnaturalización de las oscilaciones propias de los fondos públicos practicada por los *agiotistas*. «Considerado el capital como mercancía (dice Proudhon) está sujeto á la oferta y á la demanda, como cualquiera otra: es por tanto natural y sencillo que cuando hay en el mercado quien ofrezca por el dinero un interés de 5 ó de 6 por 100, los acreedores del Estado á quienes el suyo no produzca mas que el 5 ó el 4 por 100, venden sus títulos para emplear sus respectivos capitales más útilmente.—Recíprocamente: si el capital abunda en el mercado ó no encuentra empleo seguro, es natural que refluya en los fondos públicos. Estos, en el primer caso deben bajar, y esa baja será un signo de prosperidad general; en el segundo, subirá y la subida dará testimonio de falta de confianza.»

No tenemos mucha nosotros en nuestro criterio en estos asuntos, pero francamente debemos decirlo, no nos parece que el autor se explica aquí con la claridad conveniente, y aun estamos por decir que arrastrado por el espíritu de sistema, se muestra mas ingenioso que lógico.

Su proposición, en efecto, se reduce á esta: «Cuando los fondos públicos suben, malo, porque es prueba de desconfianza; cuando bajan, bueno, por la razón contraria.» Pero en primer lugar no podemos admitir que los fondos públicos solo bajan cuando el interés del dinero escende en la plaza el de su rendimiento; y en segundo estamos todavía mucho mas lejos de convenir en que un interés alto sea signo de prosperidad general, ni mucho menos. Bueno es, sin duda, para los capitalistas (entendiendo aquí por capital el metálico esclusivamente) que el interés sea crecido. Pero ¿qué prueba ese hecho? Que hay mas que hacer con el dinero, que dinero para hacerlo: que la demanda es superior á la cantidad circulante, que hay escasez relativamente á las necesidades, en resumen. ¿Y esa escasez, puede tomarse ni se ha tenido nunca por próspera? No es, por el contrario, el alto interés del dinero un signo de pobreza, normal ó temporal en las naciones? ¿De quién sino de los pobres vive la usura, que no es mas que el abuso del interés del dinero?

Como quiera que sea, en lo que Proudhon tiene razón indudablemente es en decir que los *agiotistas* han pervertido el significado del alza y baja de los fondos públicos, haciendo que «en vez de considerarse la deuda pública como un seguro desagüe de los capitales disponibles, se mire al Estado cual si fuera un gran empresario de comercio, de industria, de banca, de seguridad, de salubridad, etc., cuyo crédito sube ó baja, según parecen sus operaciones mas ó menos ventajosas y plausibles, y que por la importancia de sus negocios y la mancomunidad que al país impone, domina y gobierna el mercado.»

Otro ejemplo de especulación inmoral: «Fórmase una compañía para explotar cierta industria mineralógica; y no correspondiendo los resultados á sus esperanzas, discurre el medio ingenioso de hacerse indemnizar por el Estado. Al efecto solicita secreta y cautelosamente que se declare perjudicial á la salud pública la industria que beneficia.—Y estuvo para darse un decreto que suprimía un estenso ramo del trabajo social, solo para

(1) Véase el núm. 7.º de LA AMÉRICA, junio 8 de 1857, pág. 8.

de rey en Sobrarbe, los escritores Morales, Caribay, Yepes, Sandoval, Marmol, Marimón, Sículo, Vaseo, Ramirez de Avalos, Mariana y Carrillo; dejaremos a un lado a Zurita, Blancas y Briz Martínez como historiadores de poca cuenta; relegaremos al olvido la antigua historia pinatense, obra que sobre crónicas mucho más antiguas se debió redactar del siglo XIII al XIV, y tomaremos como de buena ley las investigaciones del padre Moret, que sostiene la antigüedad de la corona de Navarra por solo *barruntos y sospechas* según él mismo asegura. Pero después de esto, y dejando a un lado el que presa Pamplona de los moros, según testimonio de nuestros coetáneos, á últimos del siglo VIII ó principios del IX, mal podían existir reyes de su nombre en el de esta época, nunca podremos consentir en que se saquen del catálogo de los reyes de Aragón los antecesores de D. Ramiro, ni menos que se arranquen los restos mortales de su entierro de San Juan de la Peña, si con datos auténticos, con escritores originales, no se desvaloró el testimonio de D. Jaime el Conquistador, que asegura haberle antecedido catorce monarcas que llevaron aquel título. Cuando el ilustrado compilador de nuestros fueros encomendó esta empresa á tan aventajado público y jurista como el obispo Canellas, tuvieronse en cuenta para este trabajo todos los tesoros literarios de los archivos del reino, aun no mermados por el fuego de varios incendios ni por el hierro de Pedro el del puñal; y en pie quedará el testimonio de tan entendido monarca á los ojos de la crítica, mientras no se le combata con armas de mejor temple. Y plaza pasará de verdad histórica la independencia de la monarquía aragonesa, y su anterior nacionalidad, si no se le oponen argumentos de más fuerza que los aducidos hasta el día. Porque si el reino de Aragón no formó desde un principio un Estado independiente, sino que constituyó parte integrante del de Navarra, á guisa de territorio conquistado, ¿cómo hubo en Aragón interregnos no conocidos en Navarra? ¿cómo se explicará la elección de Inigo Arista? ¿cómo la singularidad de las leyes bajo las que aceptó aquel trono? ¿Ni cómo tampoco la manera sencilla y natural con que á la muerte del Batallador, no conviniendo ambos Estados en la persona que debiera ocupar de mancomun ambos tronos, se reunieron separadamente, en Monzon los unos, y en Pamplona los otros, para dar la corona, los primeros á D. Ramiro el Monje, y los segundos á García Ramírez? ¿Y cómo si Navarra era la matriz de estos dos Estados juntos en uno, la reunión de las dos Cortes que para caso tal no podían deliberar separadamente, se celebró en los dominios aragoneses y no en los de Pamplona?

Pero sea de esto lo que quiera, confirmada con escrituras auténticas la existencia de Garci-Gimenez y de Arista; dueños los árabes de España; conquistada Jaca, parece lo cierto que sufrieron grandes descalabros en el territorio de Sobrarbe. Ainsa tomada y cobrada por los árabes y sobrarbenses, fue socorrida por Inigo Arista en 753; y la rota de Aldelmelec en esta ocasión le cortó su derrotero á Francia que era su verdadero objeto: y entonces se echaron los cimientos de la monarquía constitucional aragonesa.

Hechos de armas, empresas militares son todas estas que debieron entrecoger algunos años, y que bastan á probar la antigüedad de nuestra insurrección hasta el afortunado caudillo que, alzándose como primero entre sus iguales, fue por estos asentado sobre el trono aragón; y en este punto, si no tomamos por ciertas las sospechas de Molino y Argensola de que se había confundido á Garci-Gimenez con Arista, creemos al menos en la existencia de este primer caudillo, dándole por inmediato sucesor á Inigo, y siguiendo la opinión del distinguido investigador de nuestras cosas D. Braulio Foz, toda vez que esta creencia tiene su apoyo en el Necrologio de San Victorian y la genealogía de nuestros reyes, contra la desautorizada Regla de Leire que hace posible lo contrario.

Fijada la época de la batalla de *Arahuest*, en que definitivamente se cobró á Ainsa, no puede haber dudas sobre el principio del reinado de Inigo Arista, porque no las hay, no las puede haber en que debió su exaltación al trono á la victoria que con el auxilio de sus armas obtuvieron los de Sobrarbe, puestos en el gravísimo aprieto en que los colocan todos nuestros historiadores.

Sobre esta base, piedra angular de nuestra organización política, se levanta la antigüedad de nuestros fueros contra toda posible discusión, al apoyo de documentos auténticos y coetáneos: porque este punto cierto de nuestra historia no tiene igual ni en la de Navarra, ni en la de Asturias, por la solidez de su asiento.

Berenguer Puig de Pardiniés, escritor del siglo XI, examinó, para redactar su crónica, nuestros archivos, en tiempos del príncipe de su nombre, espoliador del de San Juan de la Peña, y en ella hizo espesa mención de nuestros reyes de Sobrarbe: y el Batallador, en la carta-puebla que otorgó á Tudela á principios del siglo XII, concedió á sus habitantes *los buenos fueros* del mismo.

Entre los documentos antiguos que de aquellos tiempos se conservan, «solo dos hay (dice el referido Foz) contra los cuales no se puede oponer ningún reparo de los que justamente se oponen á las historias y crónicas, y aun á documentos antiguos de donde se han sacado tantos errores y equivocaciones. Estos son el Necrologio de San Victorian y las genealogías de nuestros primeros reyes y condes, que sin embargo, no llegan escritas de mano inteligente hasta D. Sancho Garcés inclusive. Lo demás ya lo escribió persona menos bien informada, y á caso no contemporánea. Y lo que se lee de reyes y genealogías en el libro de la Regla de Leire, es obra que compuso por antojo y diversion algún monje ignorante, pues Fraggia que la comprobó con cuantas notas y documentos fehacientes hay en Aragón, Navarra y Castilla que tratan adrede de nuestras cosas ó puedan ilustrarlas, se vio tan defraudado, y reconoció en tantas partes y puntas su falsedad, que al fin se atrevió á decir que en aquel libro hay tantos errores como líneas. ¡Y cuánta fe no se le ha dado!»

Bastante debería ser esto para probar la antigüedad de los fueros de Sobrarbe y la corona de este nombre, porque la ranciedad del Necrologio y las genealogías prestan sólido apoyo á los puntos históricos de tan lejanos tiempos; pero por fortuna el origen de Sobrarbe y de su especial legislación cuenta con un testimonio que puede calificarse de indubitable. Carlos el Noble de Navarra, en una carta-puebla á favor de los roncaleses, confirmó ciertos privilegios otorgados por D. Sancho García (año 822) y don Sancho el Mayor, que dice fueron leídos en su presencia, expresando el primero en una de sus cláusulas *que por razon de dichos privilegios antiguos los dichos Val de Roncal son aforados á los fueros de Jaca y de Sobrarbe*. Mientras la autenticidad de dichos privilegios antiguos no se ponga en duda; mientras no se opongan á estos códigos algunos otros más autorizados que la Regla de Leire, sentado quedará que las leyes de Sobrarbe son de mucho tiempo anteriores al año 822; porque solo así, y después de muchos años de existencia, y de haberse acreditado su bondad por largo espacio de tiempo, y de considerarse como una ventaja en el camino de las franquicias populares, podría mirarse como un premio, como un beneficio de todos, por tal reconocido el aforamiento á la legislación sobrarbense.

Y no cabe dudar de la lectura textual de dichos privilegios, cuando el mismo monarca quiso que esto constase instrumentalmente, poniendo en la confirmación que de ellos hacia, la siguiente cláusula: *et sea asi que Nos ayamos visto et fecho leer en nuestra presencia dos privilegios otorgados et dados á los pueblos, vecinos habitantes et moradores en nuestros lugares de nuestra tierra del Val de Roncal*.

Y tras de estas indicaciones, y al apoyo de tan autorizados tes-

timonios, ¿no habrán de hacer fuerza alguna en nuestra conciencia histórica, ni el comienzo ni el remate de los diferentes antiquísimos códigos de los fueros de Sobrarbe, que conservados en tan diferentes archivos y bibliotecas, tanto de España como del extranjero, dicen terminantemente: *«que fueron failados en España asi como ganaban las tierras synes Rey los montañeses,»* y que *«escribieron lures fueros con consejlo de los lombardos é franceses quanto ellos mejor podieron como homes que se ganaban las tierras de los moros et despues es leyeron Rey:»* ni el aserto del venerable Cerdán, de que *en Aragón primero obo leyes que reyes*, ni los privilegios mismos de la union, que consignan como antiguo y consuetudinario el derecho de insurrección y el de destronar al rey que no cumpliera con los pactos con que venía condicionada su corona?

Pero si esto no, valga, al menos, en corroboración de tales datos, lo que sobre este punto aseguraron las Cortes de Egea, presididas por Jaime el Conquistador, de que el fuero de Sobrarbe se hizo en San Juan de la Peña, punto en donde tuvo lugar la elección y confirmación de Inigo Arista; y téngase presente al apreciar tan insigne testimonio, que este monarca fue el que se ocupó de la compilación de los fueros, y el que excluyó de esta compilación todos los privilegios políticos, si bien con la salvedad de que no por ello debieran caducar ni considerarse en desuso.

Solo negando la existencia del Estado aragón en los primeros tiempos de la reconquista puede ponerse en duda la antigüedad de su especial legislación y las franquicias de su gobierno. Porque si aquellas gentes se ocuparon desde un principio en debelar á los árabes y en cobrar y poner á buen recaudo el territorio que palmo á palmo iban ganando de los moros antes de tener rey, como dicen los antiguos códigos, algún régimen tendrían para la organización de sus fuerzas y seguridad de lo que iban conquistando, algunas leyes habrían de existir durante el largo espacio que se tomaron para deliberar sobre la forma de su gobierno. Pues bien; la historia de San Juan de la Peña (escrita en el siglo XIII) y redactada por otras más antiguas (entre ellas la canónica de San Pedro de Taberna) nos da todos estos pormenores, y D. Sebastian, obispo de Salamanca (escritor casi coetáneo de los tiempos que nos ocupan), asegura que los aragoneses habían conquistado (por los años 740) parte de su territorio, y esto después de la destrucción del Pano (719), según asegura dicha crónica, que apoyan y confirman varios de nuestros más autorizados escritores. La existencia del Estado aragón en los siglos VIII y IX resulta también de haberse titulado príncipe de este nombre (según Garibay) don Fortuño I, y rey del mismo D. García Sánchez, hijo del Césón, según un privilegio de dicha época, y dos más del siglo X de Sancho Garcés, abuelo de Sancho el Mayor.

Pero hay más: D. Jaime el Conquistador, uno de los monarcas más ilustrados de su tiempo, y más celosos también de la régia potestad, confiesa (como llevamos indicado) la existencia de su reino desde catorce monarcas antes de él, y declara que el régimen de su corona es mas libre, mas franco, que el de todos los gobiernos entonces conocidos, extrañándose de que los navarros no temblasen ante la idea de someterse á la tiranía y vejámenes de cualquiera de ellos. Pues bien: al proceder á la compilación de los fueros quedaron sin codificar todos los políticos, todos los que hacían relación á las Cortes, al Justiciazo, al presidio de la Union, y á todas las demás franquicias de cuya existencia no es lícito dudar. Continuaron, sin embargo, en todo su vigor y fuerza tan importantes instituciones, y al ejercicio de ellas se debió el desarrollo sucesivo de las libertades aragonesas hasta su completo perfeccionamiento. ¿En qué código, pues, estaban asentadas estas bases orgánicas de aquel gobierno? ¿A qué franquicias populares hacia relación D. Jaime I cuando recomendaba á los navarros las franquicias y libertades de su reino? ¿Dónde existía el código político que venía rigiendo antes de él (según confesión propia), y que continuó rigiendo, sin ser de nuevo redactado, cuando compiló el cuerpo de las leyes civiles? Las leyes de Sobrarbe existían antes de aquel reinado porque en ellas se contenía su régimen político; y continuaron existiendo después, toda vez que este régimen se mantuvo en pie, y que á su existencia, y á la defensa de las instituciones en el contenido, hecha hoy por las Cortes, mañana por los Unidos, y mas tarde por las reclamaciones de su diputación del reino ante el Justiciazo, se debió el desarrollo de aquel sistema, el mas liberal de todos los entonces conocidos, y donde el poder régio ha estado mas estrechamente limitado que en ningún otro.

Los que niegan la autenticidad de las leyes de Sobrarbe, contenidas en los antiguos códigos que antes hemos mencionado: los que califican de apócrifo el epígrafe de ellas, en donde se dice que fueron falladas en España, conforme los montañeses iban conquistando, *synes reye*, tierras á los moros, deberían indicarnos á qué fueros políticos hace relación D. Jaime cuando habla de las instituciones aragonesas; porque nosotros no conocemos otras que las de los códigos referidos, que tienen en su apoyo, no solo la tradición mas incólume y respetable, no solo el testimonio de todos los escritores que de este punto han tratado desde el príncipe de Viana hasta nuestros días, sino la declaración expresa de nuestros mismos reyes, y el hecho, sobre todo, de haber continuado como parte integrante de su Constitución. Si en nuestro código civil no se hallan tales fueros; si existieron antes de compilado este; si continuaron existiendo hasta el mismo Carlos II, ¿cómo negar la autenticidad de los antiquísimos códigos que los contienen sin sustituirlos por otros?

Que no son originales es la tacha que se les opone, porque el idioma en que se hallan escritos no es el que en España se usaba en los siglos VIII y IX, puesto que el carácter de letra sea gótico, y que bajo este concepto deba atribuírseles muy respetable antigüedad. Las copias deben ser en efecto de rancia fecha, y el romance en que vienen vertidas conviene con el de los primitivos tiempos de este idioma. El que se usaba en Aragón por el siglo XIII era de mucho mas castigado, mas correcto que el de dichos fueros: y en ellos se espesa además que son traslado de otros de mas antigua fecha todavía que fueros *failados* conforme los montañeses iban ganando tierras de los moros. De todo esto se deduce que la version del código foral está hecha en el primitivo romance llamado castellano: que las copias que por consecuencia han llegado hasta nosotros son de reconocida antigüedad, y que apoyadas por el hecho cierto é inconcuso de que los remedios ó garantías forales que en ellos se contienen, se usaron desde el principio de nuestra monarquía hasta la pérdida de la nacionalidad aragonesa, adquieren todos los caracteres de verdad histórica. Porque si consta, y esto de un modo tan solemne, que existió el fuero de Sobrarbe desde los primeros tiempos de la reconquista: si el derecho de apellidarse el reino contra el monarca en los casos de contrafuero, fue otorgado por el mismo Arista y vino ejercitándose al apoyo de dichas leyes (cuya inmediata derivación era) por medio de la Union desde su misma infancia; si consignados después en los dos famosos privilegios otorgados por Alfonso III, transmigró, por decirlo así, su espíritu á la jurisdicción del Justiciazo cuando se abolieron aquellos bajo Pedro IV; si esta atribución del Justicia y el derecho del reino á no reconocer á ningún monarca antes de jurar los fueros ante el país han llegado hasta Carlos II; y si esto solo, y aun no tanto, es lo que contienen esos antiguos códigos de las leyes que fueron *failadas* en el comienzo de la corona de Sobrarbe, ¿dónde está el derecho que tan livianamente se atribuyen de combatir su autenticidad contra estos datos ni aun contra los respetables nombres de tantos y tan autorizados escritores como la defienden y sustentan. Y téngase en cuenta que al sostener la legitimidad de las bases forales de los referidos códigos, ni tomamos

á nuestro cargo la defensa de otras, ni mas que las que de otro fracmento mas antiguo nos trasladó Blancas en el hermoso idioma de Tácito, donde se contiene la institución del Juez-medio, apoyado en este punto por el respetable Traggia. Por lo demás, los códigos que nos ocupan fueron añadidos con la inserción de leyes posteriores á las primitivas; y en este momento no tratamos de examinar su autenticidad, que para nosotros será siempre sospechosa, si sus disposiciones no vienen confirmadas por el uso y práctica del reino en tiempos posteriores, que lleguen al alcance de nuestra crítica.

Mientras, pues, otras razones no se aduzcan; mientras no se presenten documentos mas antiguos y auténticos que los que llevamos citados; mientras no se destruya el hecho de que las garantías políticas atribuidas á los fueros de Sobrarbe vinieron ejercitándose desde los tiempos mas antiguos de nuestra historia hasta su abolición por Felipe V, continuaremos sosteniendo la verdad histórica de los antiguos códigos que los contienen.

MANUEL LASALA.

La desamortización en España.

ARTICULO VII.

Al soltar de la mano las Memorias del Príncipe de la Paz, no conteniendo ya mas datos sobre la materia que dilucido, me encuentro estas líneas elocuentes dictadas bajo la impresión de los obstáculos inmensos que dificultan las reformas de las sociedades viciadas por rancios abusos: *Lo que las viejas fábulas han dicho de deidades espantosas, que hacían sagrados los boscajes, es una realidad en la espesura impenetrable y erizada que han formado la ignorancia y la codicia de los hombres*. No se puede pintar mas al vivo la situación de España, donde á la caída de Carlos IV se contaba ya mas de un siglo de no interrumpidas mejoras, y sin embargo estaba por hacer casi todo.

Nadie ignora que descubierta la alevosía del emperador de los franceses, se levantaron las provincias españolas indignadas por la atrocidad de los fusilamientos del 2 de mayo y por el escándalo de las renuncias de Bayona. Animadas de un extremo á otro del mas férvido patriotismo, dieron el grito de independencia y clamaron á una por la regeneración política de España. Muy luego sobre los campos de Bailen alcanzaron una insigne victoria, que puso en fuga á la corte del intruso, y así pudieron atender á la instalación de una Junta Central para que rigiera el Estado. Floridablanca y Jovellanos sobresalían entre todos sus individuos: las dos distintas parcialidades que allí se formaron antes de mucho, les reconocieron por jefes: con decir que el primero tenía ya ochenta años y que había pasado su tiempo, se concibe su nulidad para las circunstancias de entonces: entrado también el segundo en días, y sin el empuje que se requiere para dar el tono á un sistema, aunque se le alcanzase lo mas oportuno, solo servía para el consejo: esto explica bastante la inacción de la Junta Central por de pronto: lo que no se puede explicar de ningún modo es que en materias civiles y gubernativas retrocediera á tiempos antiguos y de aciaga memoria; que estando vacante la plaza de Inquisidor general, se apresuraran á proveerla; que habiéndose distinguido Floridablanca y Jovellanos como partidarios y promovedores del desestancamiento de los bienes raíces, se suspendieran las enagenaciones de los pertenecientes á manos muertas, y aun se tratase de invalidar las ya celebradas; y que se escatimara convocar las Cortes del reino. De esta suerte, al decir de un contemporáneo de nota, afligieron y contristaron á los hombres ilustrados, sin contentar ni halagar al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Muy de otra manera obraron el emperador de los franceses y su hermano José para ver de legitimar su usurpación de la monarquía de España. Napoleón tan luego como se halló con el mal adquirido cetro, juntaba Cortes en Bayona, y dando vista á la capital del reino, donde nuevamente acababan de entrar sus soldados por diciembre de 1808, abolía la Inquisición y limitaba á una tercera parte los conventos, que mas tarde suprimía del todo su hermano. ¡Lástima que procedieran de mano ilegítima estas providencias benéficas de suyo! Constantemente las habían reclamado los españoles de mas luces: por reducir las á la práctica se esforzaron las memorables Cortes de Cádiz; y no obstante de proceder con habilidad suma, y de echar por rodeos para vencer las dificultades, proponiéndose el mismo objeto, se quedaron á medio camino. ¡Tan cierto es que las selvas seculares de la América no ofrecen mas fatiga, ni requieren tareas tan porfiadas y constantes á los que intentan un descuido y una limpia de terreno, como en las viejas sociedades la maleza y la raigambre de los tiempos. (1)

Lo que es la Inquisición no estuvo en ejercicio, á pesar de la diligencia con que la Junta Central nombró al obispo de Orense para dirigirla, no habiendo podido el papa expedir las bulas, ni llegado á probar el consejo de la Suprema que le correspondiese la jurisdicción toda, mientras durara la vacante. Al comenzar sus funciones la primera regencia de España é Indias, repuso todos los consejos y por tanto el del Santo Oficio; mas prudentes sus individuos se mantuvieron sosegados y satisfechos con gozar de sus sueldos y honores, muy al cabo sin duda de su falta de autoridad y de que la opinión ilustrada no les era propicia. Con la instalación de las Cortes no era verosímil que se renovara su influjo. Sin embargo los diputados españoles, después de un acaloradísimo debate y apenas votada la libertad de imprenta, determinaron que se pasara al Santo Oficio un papel titulado la *triple alianza*: entre los que votaron en tal sentido *los había de buena fé, aunque escasos de luces, y otros muy capaces que se fueron al hilo de la opinión extraviada*. Por fortuna los mismos obstáculos que en tiempo de la Junta Central impidieron que la Inquisición funcionara, estorbaron ahora que se llevase á efecto la providencia de las Cortes. Para superarlos nombróse una comisión de su seno, y la mayoría opinó que se dejasen expeditas las facultades de los inquisidores. Como la opinión había ido ganando terreno contra aquel tribunal odioso, estancóse el asunto por el mes de julio de 1811, hasta que en el de abril del año siguiente lo trajo á nueva vida la insensata publicación del impio *Diccionario crítico-burlesco* de don Bartolomé José Gallardo, reprobado universalmente contra lo que su autor se prometía. Entonces el diputado don Francisco Riesco, inquisidor de Llerena, levantóse á deplorar la postergación en que se hallaba el asunto del Santo Oficio, y á pedir que se diera cuenta del expediente, suponiendo que la comisión lo tendría ya despachado. Acabábase de recibir la mesa, y hubo que leerlo acto continuo á instancias de los antireformistas, que, prevenidos para el golpe, llenaron desde muy temprano las galerías de adictos suyos, tan sin rebozo que se veían allí muchos frailes contra la costumbre de siempre. Lejos de amilanarse los reformadores, se determinaron á echar el resto, como que el triunfo de la Inquisición daba al traste con toda su obra.

Aquella sesión empezó por la lectura del dictamen de la comisión citada, cuya fecha era del 30 de octubre de 1811. Se acaloraron los ánimos en el curso del debate, envalentonándose los antireformistas con los murmullos y palmoteos de los espectadores, y cobrando también mas bríos los liberales á impulsos de la indignación á que les provocaba la conducta de sus adversarios. Siempre alerta contra las asechanzas, y para salir bien de los peligros con que tropezaban á cada paso, se prevenían cautelosos

(1) Frases muy expresivas, que usa también el Príncipe de la Paz en sus Memorias.

aquella mujer singular, influían en mí... no puedo decirte cómo. Yo moría de una muerte dulce. Yo me sentía dominado, embriagado por ella. La creía ese ángel vaporoso que los hombres de imaginación ven en el fondo de su fantasía desde el momento en que empiezan á amar. ¿Qué más te puedo decir? Yo era feliz. —¿Se acuerda V. de Clara? me dijo Adelaida con acento apagado. —No, la contesté. —¿Y me ama V. hasta el punto de venir á verme aquí todas las noches? —Sí, la contesté: pero ¿para qué eso? yo lo siento por V.: hace frío. —El depósito de los muertos nos dará hospitalidad. Yo por mí nada temo. —Ni yo. —Ni nada me repugna, porque solo tengo ojos y sentidos para mi amor. —Ni á mí: pero quisiera saber la causa. —Alvarez... mi marido es indio y tiene como indio un horror supersticioso á los muertos. Si alguna noche me sigue, al verme tomar el camino del cementerio, se detendrá y no se atreverá ni aun á mandar á otro que me siga, porque cree que todos participan de su horror por los cementerios. No he amado nunca, y cuando al fin cedo al amor de V., á un amor que no sé cómo he concebido... pero sí, si lo sé: antes de anoche adiviné que amaba V. á Clara. —¡Ah! —Y mi amor ha empezado sin que yo lo conociese por un empuje de mujer. —¿Es V. enemiga de Clara? —¡Oh! ¡no! —¿La conoce V. de mucho tiempo? —¡Oh! ¡sí! —Ella parecía no conocerla á V. —En efecto, no me conoce. —Aquí debe haber un misterio. —Acaso. —¿Y no puedo yo saberlo? —Cuando sea viuda. —Lo mismo me contestó V. antes de anoche cuando la dije que la amaba. —Y juro á V. que mientras no sea libre, nuestros amores serán inocentes... inocentes hasta que puedan ser dignos... lo pido por los muertos que nos rodean. —¿Y hablaba con sinceridad aquella mujer? pregunté al esqueleto. —Sí, me contestó: mas que con sinceridad con cálculo. —¿Con cálculo? —Aborrecía á Miantucacuc: le aborrecía de muerte: era su cadena... se había atrevido á descartarse de otros, pero tenía un terror invencible hácia su abuelo: no se atrevía con él sola y buscó en mí un sócio de crimen. Y no se por qué al saber que Miantucacuc era un obstáculo para el logro de mis deseos, empecé á pensar en lo que aun no había pensado: en deshacerme de un hombre. Adelaida y yo nos separamos cerca del amanecer, quedando citados para la noche siguiente.

LXI.

—Durante muchas noches nos vimos en el cementerio, continuó el esqueleto. —¿En el depósito de los muertos! repuse yo. —Sí, me contestó. Nos vimos, pues: mi amor era cada día mas impaciente: las dificultades le irritaban. —Es necesario que ese hombre muera, dije al fin un día á Adelaida. —¿Y sería V. capaz de matarle? me contestó mirándome fijamente. —Por V. sí. —Pues mátele V., me dijo. —¿Y cómo? —Es necesario que entre V. en nuestra casa, que sea V. su amigo. —¿Y por qué medio? —¿No amaba V. á Clara? —Sí; pero ya no la amo. —No importa; pídale V. por esposa á Alvarez. —¿Alvarez... ¿y qué tiene Alvarez que ver con ella? —No lo sé: pero recuerda V. un indio que se presentó en el baile de Clara la noche en que nos conocimos? —Sí. —Pues bien, ese indio era Alvarez. —¿Alvarez! —Sí por cierto: ¿y sabe V. para que me llevó Alvarez al baile? Para que enamorasé á don Severo Lopez. —¡Ah! ¿ese marido tan celoso? —Mi amor debía ser un lazo... solo que... en vez de enamorar yo á Lopez me enamoré de V. —¡Ah! —Pero volvamos al interés que tiene Alvarez por Clara, yo no he podido desconocerla en la manera con que la miraba: además Clara es indudablemente india. —Su amor de V. me ha hecho olvidar de todo, exclamé: yo puedo arrojar una luz muy clara sobre todas las sospechas de usted: si ese Alvarez antes de convertirse se llamaba Miantucacuc. Clara es su hija. —¡Ah! lo sabré, dijo Adelaida. Y se levantó y se despidió de mí.

LXII.

—He preguntado con astucia á Alvarez, me dijo á la noche siguiente, acerca del interés que se toma por Clara, y del odio que profesa á Lopez. —Es una historia terrible, me dijo; la historia de un pariente mío que era un gran jefe. —¿Y no ha dicho á V. mas? —Nada mas. —Pues ha dicho bastante. Yo juro á V. que Alvarez es Miantucacuc; y que Miantucacuc es padre de Clara. —Pues bien, vuelva V. á sus amores con Clara. —No; Clara me ha despreciado: la amo á V.... —Yo no tendré celos, y si Clara le ha despreciado á V. debe V. vengarse. Es necesario obtener la confianza de mi marido. Hagüemos sus pasiones: pídale V. la mano de su hija, y yo me le encargará de seducir á don Severo. Adelaida apuró sus recursos de fascinación conmigo y acepté.

LXIII.

Al día siguiente y á la misma hora, Adelaida y yo salimos de nuestra casa. Ella para irse á casa de Clara. Yo para ir á la de Miantucacuc. Lo que pasó entre Adelaida y Lopez no lo supe hasta despues que me convertí en espectro, porque esa maravillosa cualidad que tengo de ver sin ojos todo lo pasado y lo presente que me concierne, y de oír sin oídos todas las palabras pasadas ó presentes que

tienen relacion con mi historia, no la poseo sino despues de haber sido declarado cadáver. Voy á contarte lo que sucedió á Adelaida con don Severo. No te olvides de que Adelaida era nieta de Miantucacuc, hija de la Virgen-de-la-mañana, y por consecuencia hija de Lopez. Ni Adelaida sabía que era su padre don Severo, ni don Severo que Adelaida era su hija. —¿Pero no conocía Lopez á Miantucacuc, no podía sospechar que aquella jóven que se había presentado en el baile con el fantasma...? —En primer lugar Miantucacuc no era un fantasma para Lopez sino un ser real y efectivo. Si para Clara pasaba por un fantasma consistía en que Lopez le facilitaba la entrada de una manera misteriosa en la casa de Clara. Lopez era esclavo del jefe indio. Lopez estaba sujeto por las pruebas de crímenes de alta traición contra el Estado que poseía Miantucacuc, y que podían dar con él en la horca. Sin embargo, Lopez ansiaba deshacerse de Miantucacuc, del mismo modo que ansiaba deshacerse de él Adelaida. Esta era la posición respectiva de un padre y de una hija que no se conocían; es decir, que ni aun podían sospechar su parentesco. Porque Lopez, que podía haber sospechado que aquella jóven que acompañaba á Miantucacuc podía ser su hija, estaba libre de esta sospecha; porque, ¿cómo creer que el abuelo se hubiese casado con la nieta? El desorriento á Lopez había sido uno de los objetos de Miantucacuc al casarse ficticiamente con su nieta, además de impedir por este medio que su sangre se mezclase con la de la raza blanca, lo que si había sucedido algunas veces había sido contra su voluntad.

LXIV.

Mientras yo me encaminaba en un carruaje á la casa de campo donde vivía ignorado de todos Miantucacuc, Adelaida salía de aquella misma casa de campo, vestida de negro y cubierto el rostro con el espeso velo de su capote. Nuestros carruajes se cruzaron en el camino. Cuando Adelaida llegó á casa de Clara no subió las escaleras, sino que entró en el piso bajo donde estaban las oficinas. Lopez se paseaba meditabundo en la caja. Al ver una señora, convenientemente vestida, de aspecto que nada había que no augurase una persona decente, y sobre decente rica y con el rostro cubierto, la salió al encuentro con esa reservada cortesía de los hombres del cambio. —Necesito, dijo Adelaida, que me conceda V. un momento de atención. —Escucho á V., señora, contestó Lopez. —A solas. —Tenga V. la bondad de pasar, dijo Lopez abriendo una mampara. Adelaida entró en esa habitación que hay en todas las oficinas bursátiles, y que yo llamo, porque me parece propia la frase, gabinete de negocios, y tras ella Lopez. —Suplico á V. que cierre, dijo Adelaida. Lopez corrió el fiador de la mampara. Entonces Adelaida, que se había sentado en un sillón, se levantó el velo y dejó ver su hermosísimo semblante á Lopez. Este retrocedió. —Comprendo la extrañeza de V., dijo Adelaida; nosotros nunca hemos tenido negocios. —¿Y son negocios lo que la traen á V., señora? —¡Ay sí! soy muy desgraciada. —¿Desgraciada V...! creo que el Sr. Alvarez.... Adelaida hizo un gesto de impaciencia. —Soy su esclava, dijo. —Yo creía.... —Sí, es verdad: una mujer decente se ve obligada á ocultar el estado de su alma... pero dejemos esto. Necesito un sacrificio de V., particularmente, de V., no de la casa. —Creo que no haya necesidad de ningún sacrificio. —Necesito tres mil duros. Lopez se levantó, abrió un buró, tomó de una carpeta quince billetes de á cuatro mil reales, los envolvió en un papel y se los dió á Adelaida. —Gracias, dijo Adelaida: no puedo dar á V. mas garantía que mi buena fé. Espero pagar á V. muy pronto este sacrificio y algunos otros mas que necesitaré. —Si V. no quiere incomodarse, señora, en volver, puede usted decirme la cantidad redonda que necesita. —No, no; con esto me basta para salir de compromisos del momento. Dentro de un mes me aprovecharé de nuevo de la amistad de V., dentro de dos meses pagaré á V.... acaso mejor que lo que V. puede pensar. Tiene el hombre, dijo interrumpiendo el esqueleto su relación, una cualidad que es altamente nociva: la cualidad de suponer. ¿Cuántas veces hemos supuesto lo que un enemigo encubierto, que ha dado lugar con una frase insidiosa á nuestra suposición, ha querido que supongamos? Lopez supuso que en aquella frase «pagaré á V. dentro de poco, y acaso de una manera mejor que lo que V. pueda pensar,» esta terrible intención: —Dentro de poco seré viuda, porque yo me haré viuda para dejar de ser esclava, y si V. quiere.... Porque Adelaida había pronunciado las palabras en que Lopez había supuesto aquella perversa intención, de una manera tan lánguida, tan íntima; las había ilustrado, por decirlo así, porque los ojos son la ilustración del discurso, con una mirada tan dulce, y podremos decir, tan franca, que Lopez, que aborrecía á Miantucacuc, creyó que encontraba un instrumento preparado, y aconsejado por su odio, y aun podremos decir, que por su amor, se propuso aclarar cuanto pudiese aquel misterio. —Nuestra caja, señora, está abierta para V., dijo; si la casa Alvarez y compañía necesita de nuestra ayuda.... —¿Quién trata aquí ni de la casa Lopez ni de la casa Alvarez? dijo Adelaida: si bajo ese concepto equivocado me ha entregado V. esta cantidad, se la devuelvo: este es un asunto mío, enteramente mío. Nada tienen que ver en ello ni doña Clara de Lemus, ni don Cristóbal Alvarez: este es un negocio reservado entre don Severo Lopez y Adelaida.... qué sé yo de qué.... Adelaida de Alvarez, porque yo no tengo mas apellido que el de mi.... marido. Adelaida con una intención mortal pronunció con un acento de profundo sarcasmo, de disgusto, y aun podremos decir de cólera contenida, sus últimas palabras. —En ese caso, señora, dijo Lopez rechazando cortesmente los billetes que Adelaida le presentaba, tengo el placer de ofrecer á V. mi crédito entero. —Gracias, muchas gracias, Lopez; pero como debe á V. parecer extraño.... —Suplico á V. señora que no me dé esplicaciones.... yo respeto los motivos.... —No basta, no basta; yo necesito que V. sepa.... —Supongo.... —No quiero que suponga V. nada: quiero que sepa V. la verdad: Alvarez es un infame. No esperaba tanto Lopez y no supo qué contestar por el momento. —¡Ah! pues yo creía que era V. feliz.... —¡Feliz! Alvarez no ha dejado de ser el sombrío jefe indio:

además, es despótico, celoso: me tiene recluida.... desconfía de mí; me escatima los medios.... la asignación que me da es insuficiente: solo á fuerza de deudas, que sin la generosidad de usted no podría mantener ocultas por mas tiempo, he logrado sostener medianamente mi aspecto. Además, ¿ve V. esa carretela, ese tronco? Y señaló á una reja por la cual se veía en la calle un magnífico carruaje. —Los animales son escelentes, y el carruaje bellissimo, dijo Lopez. —Le debo... dentro de un mes necesito pagarle... y me verá precisada... —¿Cuánto tiene V. que satisfacer, señora? —Cinco mil duros. Lopez se levantó. Adelaida le detuvo asiéndole por una mano. —No, no; esos cinco mil duros, le dijo acompañando estas palabras, con una espresiva sonrisa, me los entregará V. en mi gabinete. —¿En su gabinete de V. señora! exclamó Lopez. Yo cuando he ido á casa del señor Alvarez nunca he pasado de su despacho. —Siempre ha ido V. de día. —Es verdad. —Yo le recibiré á V. de noche. —¡Ah! —Sí, necesito hablar de otros asuntos con V. ¿Tendrá V. miedo de ir? —¿Cómo he de tenerle cuando V. no le tiene de recibirme? —¿Y cuándo podrá V. ir? —Esta noche. —Esta noche... no... es pronto... hoy somos lunes... el sábado. —¿El sábado? —A las doce de la noche. —¿Dónde? —Por el jardín... junto al postigo estaré yo. —Iré. —Pues adios: no quiero detenerme: voy á saldar mis cuentas con mis acreedores, y me vuelvo al momento á casa: con que adios, gracias: hasta el sábado. Y Adelaida se echó el velo. —Adios: hasta el sábado, dijo Lopez abriendo la mampara. Adelaida salió. Lopez se quedó murmurando: —Esto es mas que la venta de una mujer: el préstamo es un hábil pretexto: esto es una alianza de odio. ¡Oh Miantucacuc! ¡Miantucacuc! Y recobró su semblante impassible, salió y se puso á pasear entre los jóvenes empleados en la caja, cuyas murmuraciones intencionadas acerca de la visita de aquella señora tapada á Lopez, cesaron.

LXV.

Entretanto yo, á una legua de Madrid, entraba por la calle enarenada y flanqueada de arboles de una hermosa casa de campo. Yo llevaba hecha, como suele decirse, mi composición de lugar para justificar mi visita; pero me faltaba motivar mi excusa. De repente encontré la justificación. En una ventana de la quinta estaba asomado un hombre. Aquel hombre tenía un semblante extrañamente pintoreado. Era Miantucacuc. Llegué, bajé del carruaje y entregué á un criado una tarjeta. A poco me introdujeron en un salon del piso bajo. Me salió al encuentro un anciano, de aspecto uraño, y á todas luces pinto del Sur de Méjico. —¿Necesitaba V. ver al señor Alvarez, caballero? me contestó despues del saludo. —Por lo mismo suplico á V. me procure el ver á ese caballero. —Yo le represento para todos los negocios. —El negocio que me trae solo puede tratarse entre él y yo. —Lo siento; pero el señor Alvarez no tiene costumbre de recibir. No tiene relaciones. —¿Ha visto el señor Alvarez mi tarjeta? —Segun costumbre la he visto yo. —Pues vea V. en lo que consiste que el señor Alvarez no me haya recibido. Tenga V. la bondad de hacer que vea mi tarjeta, caballero. Quedóse un instante perplejo el pinto y luego me dijo: —Francamente: no me atrevo: no es costumbre: lo tiene espresamente prohibido. —Yo sé que se incomodará mucho si le escribo directamente y sabe que he estado aquí y no se me ha anunciado. —No me atrevo, repitió con acento decidido y un tanto impaciente y enérgico el pinto. Yo empezaba á irritarme, porque siempre me han irritado las dificultades. Si yo hubiera sabido á dónde habían de traerme aquellos pasos dados á ciegas, en una senda llena de dificultades y de peligros! Irritábame mas la certeza de que Miantucacuc me había visto entrar en su casa, que debía haberme reconocido, haber recordado la singular manera de nuestro conocimiento. Pero era necesario ceder: el pinto se mantenia firme. Saludé é iba á salir, cuando se abrió una puerta y apareció Miantucacuc envuelto en una larga bata encarnada. —¡Ah! ¿eres tú Zea! ¡entra! ¡te quiero escuchar! ¡veremos lo que tienes que decirme tú! Y Miantucacuc pronunció estas palabras de una manera singular, sarcástica, fría, en que había un sabor de amenaza salvaje. Un momento despues, el gran jefe indio y yo estábamos sentados frente á frente en un singular gabinete.

M. F. Y GONZALEZ.—(Se continuará).

La señora Ristori, actriz trágica italiana.

Ardua empresa es por cierto la que en este artículo acometemos tratando de dar á los lectores de LA AMÉRICA alguna idea del valor artístico de la Sra. Ristori; y en verdad que si nos detuviéramos, siguiendo el consejo del preceptista latino, á ensayar nuestras fuerzas, y probar *quid valeant humeri*, pronto arrojaríamos la pluma, porque en materia de *hombros* los de un Caupolicán bastarian apenas al peso enorme de tan grave carga. Conviene tambien, para no desmayar en el empeño, apartar la vista del deplorable y decadente estado á que ha venido á parar la crítica, y sobre todo la crítica teatral, en estos nuestros calamitosos tiempos, gracias á la anchurosa conciencia y poca fé de la mayor parte de nuestros cofrades los periodistas de todos los países. La Themis de la prensa, que empezó á falsear su balanza por odio y por amor en el turbulento tribunal de la política, llevó luego al de las letras su corrompida parcialidad. La sana crítica que hubiera debido ser una magistratura (por no exagerar diciendo un sacerdocio) se vió convertida, permitásenos la vulgar espresion, en juego de compadres, y volviendo al revés el famoso apotegma, adoptó por lema: *Amica veritas, sed magis amicus Plato*. Los primeros periódicos de Europa, los folletistas mas preconizados en la República de las letras, dieron el ejemplo de la corrupción, y vendiendo la crítica por libras al oro ó al favor (ó mas bien á los favores) pusieron tienda de elogios y censuras, de incienso y sátira, de aplauso y vituperio. ¡Oh! tú *Jules Janin*, el mas impudente de los críticos parciales, ¿y quién pudiera decir lo de buenos dramas que tú

impotora análisis ha destrozado, lo de méritos ficticios que has trompeteado, lo de nombres egregios que has cubierto de oprobio y vilipendio! Gefe de una escuela émula del descarado *puff yankee*, lograste por desgracia contagiarnos, y que tu sistema echase raíces aquende el Pirineo; y nuestros periodistas aprendieron también a guardar para los amigos y *compinches* la alabanza, para los adversarios ó indiferentes la impia y acerba diatriba. Contaminóse el estilo á medida que se corrompía el fondo y toda la crítica literaria, y especialmente la de los teatros, ha venido á reducirse á una docena de frases hiperbólicas hinchadas, vagas, empalagosas y nauseabundas:

«Ayer se estrenó el maravilloso drama de nuestro distinguido amigo el ilustre poeta don Torongil de Villasequilla. El público aplaudió con entusiasmo frenético las innumerables bellezas de esta obra maestra del arte que llenará de espanto á la posteridad. Los actores todos se sobrepujaron á sí mismos; X... llegó al apogeo del genio; Y... estuvo inimitable; Z... rayó tan alto que el desempeño de su papel mas bien debe llamarse una creación, etc., etc., etc., etc.»

¿Quién á vista de tan exagerada y frívola fraseología, ya tan puesta en uso, se atreverá, sin rubor á ejercer el austero y desacreditado oficio de crítico en un periódico?—Pero ello es, en fin, que alguien ha de hacerlo: aprehuemos con ese y otros inconvenientes, y confiemos en el buen sentido de los lectores que tal vez alcanzarán á descubrir en nuestros juicios, si no el acierto, por lo menos la intención candorosa y la sinceridad.

Con estas disposiciones fuimos á oír á la Sra. Ristori; ansiosos de observar y juzgarla sin prevención alguna de escuela ó de nacionalidad, y de comprender, si nuestra capacidad bastaba á ello, en cuantos grados se acerca á aquel tipo ideal de perfección á que siempre aspira el artista y á que nunca llega enteramente, porque si llegara, dejaría de ser hombre mortal. Cuál sea ese tipo para el actor dramático, dicho lo han muchas veces los maestros del arte: el actor, como el pintor, el escultor y el poeta, deben tener por maestra y por norma á la naturaleza, para tomar de ella lo que es artísticamente bello, y que llega á veces á ser sublime. Mas como para comprenderlo así, para saber observar y escoger entre lo observado, para que la imitación sea atinada y no degenerare en remedo, se necesitan dos grandes dotes naturales, *inteligencia y sensibilidad*, se infiere de todo esto que no basta el estudio sin cierta disposición innata, así como esta será insuficiente al artista poco observador ó estudioso.

La Sra. Ristori muestra bien á las claras que ha debido al cielo el nacer con un alma de artista, y con aquellas dotes; y si lo que de ella se cuenta es cierto, su vocación ha sido siempre tal, que retirada del teatro con motivo de su casamiento, ha tenido que volver á la escena por consejo de los médicos, como único remedio contra la hipocondría de que se vio acometida, y que amenazaba matarla de consunción. Pasion de ánimo semejante á la que alijé á aquellos que lloran ausentes de su país natal, la cual se conoce con el nombre de *nostalgia*, porque en efecto para el autor entusiasta la escena es su atmósfera, su centro, su patria y todo.

¿Y cuáles son las cualidades que adornan á la Sra. Ristori? preguntarán ya nuestros lectores impacientes. Todas, respondemos sin titubear: todas las que constituyen una buena actriz; su figura es agradable, su voz armoniosa, su ademán noble, sus facciones bien proporcionadas, sus ojos hermosos y de mirada penetrante, la cabeza toda bien modelada, el cuello erguido, y con tal busto y tal cabeza, y con su estatura elevada, sin serlo en demasía, dicho se está que en las actitudes clásicas ó académicas, de que bien se advierte que ha hecho un estudio particular y profundo, ha de sobresalir notablemente. Mas ni esto, ni la propiedad, ni la buena economía de la acción, la hacen en nuestro sentir tan sobresaliente, como la extraordinaria y hasta inconcebible movilidad de su fisonomía. Si es permitido dar un parecer á quien como nosotros ha tenido la buena suerte de ver y estudiar á la mayor parte de los buenos actores que han recibido aplausos en Europa y América, diremos que no hemos conocido uno solo que se acerque siquiera en este punto á la Ristori ni tenemos noticias de él. Y aunque ya sea bastante admirable en sí misma esa facultad de disponer arbitrariamente del complicado mecanismo de los músculos de la faz (mecanismo que es, ni mas ni menos, una de las mayores maravillas de la creación) todavía añade nuestra actriz el mérito insigne de no caer, ni rozarse siquiera, en el extremo ridículo á que es tan ocasionada la exageración del gesticular. Cuéntase del célebre actor inglés Garrick que fue extremado en cuanto á movilidad de la fisonomía, á punto que le era fácil volverse parecido á una persona determinada, ya difunta, y que un pintor pudiese, copiando su rostro, sacar un retrato perfecto del original. Si esto es así, creemos que no puede buscarse otro término de comparación para el caso presente.

Mas no solamente consigue la Sra. Ristori pintar en su semblante los diversos afectos que animan al personaje de que se reviste, todos, desde el movimiento mas vivo de la pasión violenta, hasta los mas delicados matices de la compasión ó la ternura, sino que tiene la extraordinaria habilidad de cambiar en un segundo, y con tanta propiedad como rapidez, el ademán y el gesto. El mas insigne ejemplo que hasta ahora hemos visto de esta cualidad rara, es el que da en el acto primero de la tragedia de *Medea*, cuando en medio de los transportes de amor loco, y de alegría frenética, que le produce la noticia de que Jason está en Corinto, oye á su espalda la exclamación de horror que á Creúsa se le escapa al escuchar el nombre de *Medea*. Comprendiendo esta instantáneamente que aquella mujer no puede ser otra que su rival cuando Creúsa dice

¡Jason...! ¿Con que tú eres la terrible Medea?

se revuelve súbitamente á ella, y cambiando de actitud, de semblante y hasta de color, con rapidez increíble, prorrumpe, con una entonación inexplicable, que hace presentir mil horrores, en aquellas expresivas palabras:

Mas tú ¿quién eres... tú?

El público todo que llenaba el teatro, comprendió el extraordinario mérito de aquel rasgo, la vibración de aquel *tú*, y le aplaudió oportunamente.

Mas no le basta al buen actor saber expresar con entonaciones adecuadas de la voz, con el gesto, el ademán, y la actitud, los varios afectos que el poeta ha puesto en boca del personaje; quédanle todavía dos grandes dificultades que vencer en las cuales tanto sobresalía nuestro Maiquez, según nos cuentan los que tuvieron la fortuna de alcanzarle: la de *la escena muda*, que propiamente se llama la de aquellos momentos en que los interlocutores se expresan solo con la acción mimica sin el auxilio de las palabras, y además lo que en términos de teatro se llama saber escuchar. Pocos, rarísimos son los actores que saben expresar en su semblante las variadas emociones que debiera experimentar el personaje que representan, mientras este calla, y el interlocutor habla: aun de estos dos escollos hemos visto salir airoso siempre á la Ristori, y entre varias escenas que pudiéramos recordar, citaremos su diálogo con Jason en la 3.^a escena del acto 2.^o de *Medea* (una de aquellas en que á mayor altura se eleva la habilísima artista) desde el momento en que el infiel amante empieza á proponerle el plan artero de su separación. Copiemos una parte de ese diálogo y perdónesenos el atrevimiento de la traducción pálida y floja:

REVISTA ESTRANJERA.

PARIS 15 de setiembre.—Las últimas noticias de la India, que datan de ayer, parecen á los periódicos de Londres favorables, en cuanto no acusan síntomas de haberse propagado considerablemente la rebelión, como juiciosamente se temia, fuera de los términos de Bengala, al menos en proporciones importantes. Para nosotros, sin embargo, que vemos las cosas imparcial y desapasionadamente, los negocios están poco mas ó menos como estaban cuando se recibió en Europa el correo anterior. En realidad no era posible tampoco otra cosa: ya entonces era universal la insurrección en Bengala, ya el ejército indígena de aquel país habia para la Inglaterra desaparecido por completo, y lo que es peor, por completo tambien incorporábase en las filas rebeldes; y desde entonces acá no han tenido tiempo ni de llegar á la India, mucho menos de operar en ella, los refuerzos enviados allá por la Gran Bretaña. Redúcese, pues, la bondad relativa de las noticias de hoy á reverses parciales sufridos por los rebeldes, y sobre todo á la ausencia de relatos de nuevas crueldades como las horrendas por aquellos insurrectos cometidas. El general Havelock en su marcha para socorrer el fuerte Lucknou, donde un corto número de europeos se resistia desesperadamente al cruel *Nena-Sahil*, jefe de los rebeldes, parece que ha batido y dispersado las fuerzas de este (diez mil hombres) en las orillas del Ganges, tomándole 13 piezas de artillería y destruyendo la ciudad de Bithoor. El brigadier Nicholson ha *exterminado* completamente un destacamento rebelde que sorprendió en marcha desde Sealokte para Delhi. La guarnición, ó mas bien el ejército que guarnecía aquella plaza, ha hecho tres salidas en los dias 14, 18 y 25 del pasado. Los ingleses las rechazaron todas, pero con pérdida de quinientos hombres en las tres acciones. Entretanto Delhi sigue recibiendo continuos refuerzos de los sublevados; en Bombay se ha creído indispensable formar un cuerpo de *Milicia provincial* para aquel distrito, y la ciudad vive en continua alarma, contando para su seguridad solo con la presencia en su bahía de algunos buques de guerra británicos, y con la cooperación de los morados europeos, quienes, advertidos sin duda por los horrores acaecidos en otros puntos, se arman resueltos á defenderse á toda costa. En resumen, y lo repetimos, las cosas siguen próximamente como estaban; no siendo posible que otra cosa suceda mientras no reuna el ejército, cuando menos, una fuerza efectiva de ochenta mil hombres de todas armas, con el material de guerra correspondiente, y esa gran máquina no sea dirigida por un general en jefe inteligente, á un tiempo cauto y resuelto, severo y justo, á quien ayude en el cumplimiento de su mas difícil cargo una administración de primer orden en lo activo, metódica y moral. No suponemos que el gobierno inglés se haga ilusiones que serian indudablemente funestas para la Gran Bretaña. La guerra en la India es nacional y es religiosa además: el ejército inglés va á tener tantos enemigos, los tiene ya, cuantos son los naturales de aquella tierra; y en consecuencia le es condicion precisa la de bastarse á sí mismo para todo, y siempre. Que en batalla campal será vencedor casi siempre, no admite duda: pero tampoco que el día despues de la victoria, los dispersos del ejército han de serle mas perjudiciales que aquel le fue temible. Cada paso será un combate, las mas veces con enemigos invisibles; cada campamento la defensa de una plaza; cada convoy una función de guerra; y los hospitales mismos un embarazo de que es, acaso preciso haber pasado por circunstancias análogas, para formarse de él cabal idea. Nuestra opinión es por lo mismo, que la Inglaterra se engaña si cree que con reunir de una vez ochenta mil hombres, ha salido del paso; porque es preciso que tenga allí siempre, y mucho tiempo despues de la victoria definitiva que le deseamos pronta, sin esperar que lo sea mucho, ochenta mil *combatientes*, lo cual, como se comprende, no es lo mismo ni de muy lejis. Las bajas en tales guerras son muchas en todas partes: pero infinitamente mas en la India, cuyo clima es de suyo funesto á los europeos, y donde además el *cólera* hace periódicas apariciones con una intensidad destructora.

No nos impacientemos, pues, que el negocio es largo y penoso; y si bien todas las probabilidades nos parecen en favor de la Gran Bretaña, no saldrá del conflicto sin tiempo, sangre y dinero, ampliamente consumidos.

Comparadas con las de la India, cualesquiera otras dificultades aparecen insignificantes: mas con todo eso, habremos de mencionar, para que no se nos acuse de omisos y poco diligentes, la ocurrida tambien al gobierno inglés y recientemente en las islas Jónicas.

Entre las muchas anomalías, y para decir la verdad, políticas injusticias á que el sistema de supuesto equilibrio adoptado en 1813 para remodelar la Europa, por la victoriosa mano de Napoleón I en los primeros años del siglo completamente desquiciada, si prescindimos de la consumación definitiva del asesinato de la infeliz Polonia, quizá no hay un hecho mas curioso que el de la resolución tomada con las islas Greco-Dalmáticas del Archipiélago del Adriático.

Siete son y de origen helénico, como su nombre lo dice: dos millones de almas las pueblan en la actualidad; conquistólas Alejandro; los romanos despues, y del poder de estos pasaron al imperio de Oriente, hasta que de ellas se apoderaron los venecianos. En posesión de estos estuvieron hasta fines del siglo pasado, que al destruir la aristocrática República se apoderó de ellas la efímera francesa. Por fin, en 1813, la diplomacia europea constituyólas en *Estado libre é independiente, con derecho á gobernarse á sí propio, mas bajo el protectorado perpétuo de la Inglaterra*. En otros términos; el gobierno británico guarnece con sus propias fuerzas las plazas fuertes de las islas Jónicas, y tiene en ellas un lord Alto Comisario que la representa y ejerce... el poder ejecutivo íbamos á decir, pero la frase nos parece inexacta. Verdad es que las islas tienen un Senado, compuesto de *seis senadores*, que, sobre no parecerlos ya demasiados, son de nombramiento de S. E. el lord Comisario, y una Cámara de comuneros, cuyo mandato dura cinco años. Todo esto tiene cierta apariencia de representación nacional y de gobierno del país por el país, pero ya lo de las guarniciones inglesas bastaba para que no fuésemos mucho de tales apariencias, y á mayor abundamiento los hechos han venido á darnos una sencilla, clara y genuina explicación del misterio.

Mientras los diputados discuten la administración interior del pequeño Estado—porque los seis senadores suponemos que no serán muy estrepitosos—el lord Alto Comisario les deja irse libremente á la elocuente facundia que immortalizaron en la antigüedad los Isócrates y los Demóstenes; y aun creemos que llega su longanimidad á dejarles hacerse la ilusión de que son en efecto diputados de un país libre. Pero todo tiene sus límites en este mundo; y como dicen bien los *constitucionales imperialistas*, una cosa es que se permita á las gentes hablar con templanza de materias administrativas, y otra que se atrevan unos cuantos descamisados ideólogos á dar lecciones en el arte de gobernar á gentes que tienen probado haciéndose ricas, y poniéndoles á los demás el pié en el pescuezo, que *governarse* saben, y muy bien por cierto.

Así, pues, habiendo tenido la osadía inaudita los diputados Jónicos de proclamar en su última legislatura, que siendo ellos y sus comitentes descendientes griegos, como griegos educados, y diciendo su posición geográfica misma que á la Grecia pertenecen, con algun mas derecho que la Gran Bretaña: el lord Alto Comisario, *usando de su prerrogativa*, tal vez, y positivamente, contando con las bayonetas, ha suspendido las sesiones del Se-

